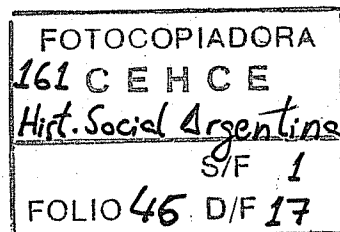


Alberto Minujin
Gabriel Kessler
La nueva pobreza
en la Argentina



Temas de Hoy • Ensayo

Introducción:
Sueños argentinos

Yo había oído hablar de la Argentina, muchos de los nuestros habían venido y se comentaba en el pueblo que estaban bien, que habían comprado casa, que habían puesto negocios y que les iba bien, muy bien. Era un país riquísimo decían, como Estados Unidos, hasta más... Cuando escuchaba eso yo empezaba a pensar y pensar, miraba el pueblo, miraba la pobreza, me imaginaba otra cosa y empecé a pensar por qué no yo, por qué no ir yo también...

El 25 de marzo de 1916 Adolfo Torrentano llegó al puerto de Buenos Aires en el vapor *Magenta*, que había zarpado de Génova casi un mes antes. Salvo la entrevista que se le hizo en 1955, nada más sabemos de él. Su historia, quizás, no difiere de la de los más de 5.000.000 de inmigrantes de España, Italia, Polonia, Uruguay, Paraguay, Alemania, Siria, Bolivia, Chile, Rusia, Perú, Hungría, Armenia y tantos otros países que desde 1860 eligieron a la Argentina como destino.

Viendo hoy sus sueños, sus esperanzas de antaño, nos

preguntamos qué habrá sido de Adolfo Torentano; cuál habrá sido su suerte. Acaso prosperó, habiendo ahorrado hasta comprar en la década del 30 un pequeño negocio, una ferretería, por ejemplo, o un bazar, que sus hijos continuaron. O acaso habrá deambulado entre empleos diversos sin encontrar jamás rumbo fijo ni ese próspero destino ansiado, o tal vez probó suerte en el interior, se afincó en el campo, en una colonia agrícola o en un pequeño pueblo. Quién sabe, quizás habrá comprado una casa con un crédito a veinte años, como los que ofrecía en 1953 el Banco Hipotecario. Y sus descendientes, ¿habrán podido continuar la pequeña empresa familiar sin que sucumbiera a las crisis, las décadas de inflación, a la mortandad de una parte importante de la industria nacional? ¿Habrán podido escapar sus hijos de la sucesión de tragedias argentinas, de las dictaduras y sus desaparecidos, de la guerra de las Malvinas?... Sus nietos, a su vez, estarán hoy en la Argentina o bien habrán cerrado el círculo que el abuelo comenzó, yendo a probar suerte a Italia munidos de una doble nacionalidad heredada...

¿Qué se hizo de las esperanzas de Adolfo Torentano?

El primer encuentro con Jorge Lichero fue en una tarde de octubre de 1992 en un bar del centro, a una cuadra de su trabajo de atención de alumnos en el CBC (Ciclo Básico Común, previo al ingreso en la Universidad). "Trabajo de mierda", decía, "pero al menos un laburo". Jorge Lichero, hijo de la clase media porteña, con estudios universitarios, con la misma edad que tenía Adolfo Torentano, inmigrante de un pueblo pobre, cuando vino a la Argentina setenta años antes, proyecta un futuro que está en las antípodas de su origen social. Lo mismo le había ocurrido a Torentano, pero en sentido inverso.

Me casé a los 24. Me di cuenta de que se iba deteriorando todo a finales de los 80 y ahora veo difícil que pueda salir. Mi situación y la de mucha gente de mi generación es

difícil. No pueden hacer lo que les gusta, ubicarse con cierta dignidad y trabajar en lo que ellos quieren... En mi caso, yo tampoco veo una posibilidad de hacer algo relacionado con la arquitectura. El diseño gráfico por ahí sea una válvula de escape. Veo eso difícil. En general la gente no puede hacer lo que quiere. Mi caso es uno, que por el tema de la supervivencia... y en otros casos puede ser que no haya posibilidades para gente que recién empieza, porque no hay mercado o porque no está incentivado. Ciertas estructuras no se renuevan, queda la misma gente que se va avejentando y te vas frustrando. Los jóvenes están momentáneamente frustrados, pero vos vas creciendo y ves que mucho no avanza, al contrario. Yo en ese sentido soy bastante pesimista, no veo salida, se está deshumanizando todo, se hacen cálculos políticos y económicos, pero la gente de carne y hueso, lo social, la necesidad puntual de la gente, está desatendida. Lo digo por mí y por otra gente que no está satisfecha para nada. El problema es lo que gana una persona como salario por trabajar. Que vos estés permitiendo que yo gane 200 pesos me parece que está mal. Eso tiene que ver con lo que es la vida doméstica, no podés ir al cine, salir, te preguntás cuándo vas a poder comprarte una pilcha... eso en la cosa doméstica. En lo global, por ejemplo Buenos Aires, la gente estamos mal, mal, mal. A uno le pesa todo eso. Es como que decís, voy zafando, pero a la vez juntando bronca y calentura por no poder hacer las cosas. Eso te va socavando la cabeza. Incluso el tema de la sanidad mental, mi generación va a tener muchos problemas en ese sentido. Siempre hubo fraudes, siempre te arruinaron la vida, pero de última por momentos te dejaban vivir, ahora ni siquiera te dejan vivir.

Siete décadas transcurrieron entre los veinte años de Alfredo Torentano y los de Jorge Lichero. Ambos en la misma ciudad, quizá no muy lejos uno de otro, pensaban en sus familias, sus esperanzas, sus proyectos, en un país futuro, en

la Argentina. ¿Qué pasó en esos setenta años? ¿Qué sucedió en ese país, qué le sucedió a esa sociedad y qué quedó de esos sueños argentinos?

Adolfo Torentano llega a una Argentina que exportaba del 25 al 30 por ciento de su producto bruto interno, cuyo maíz, trigo, carne y lana constituían la mayor parte o tenían un lugar prioritario en las exportaciones mundiales; que en las décadas siguientes llegó a extender su ferrocarril hasta poseer el 43 por ciento de todas las vías de América del Sur y donde se consumía el 56 por ciento de todo el papel para imprimir del subcontinente. Una Argentina que millones de inmigrantes habían elegido como futura morada de sus hijos, de sus nietos, de los descendientes que no llegarían a conocer. Colectivamente se construyó el "sueño argentino": una sociedad naciente iba poblando un país desierto, y sólo avizoraba un futuro de progreso. Las perspectivas de esa época permitían vislumbrar un futuro venturoso para nuestro país, comparable sólo al de los Estados Unidos, Canadá o Australia. Pero no fue así...

Encontramos a Jorge Lichero, egresado de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires en la Argentina posterior a la hiperinflación, a la guerra de Malvinas, a la dictadura, en busca de la estabilidad, con un sector de la construcción en crisis desde hacía más de diez años. Con un hijo y otro en camino, con un sueldo de administrativo de la Universidad de Buenos Aires de 235 pesos y changas sucesivas, obligado a abandonar los sueños de la arquitectura antes siquiera de haber tenido la oportunidad de probar suerte.

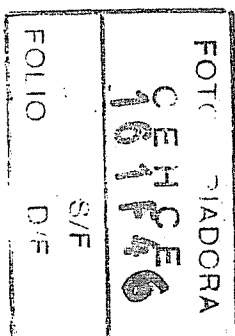
El sueño de Torentano y el sueño de Lichero son muy diferentes. Esa diferencia ¿es tan sólo producto del optimismo y el pesimismo individuales o se trata de sueños, esperanzas y sensaciones de desilusión compartidos con otros como ellos, en esas dos épocas? Viven momentos económicos distintos, y esto les da, sin duda, perspectivas diferentes, pero también el país es otro, la sociedad y la cultura han

cambiado y el futuro soñado en el pasado se ha transformado en un presente antes inimaginable.

Ciertamente la Argentina de hoy no es la de ayer. No sólo por lo que una serie de cifras indiquen sobre el producto bruto, sobre su lugar en el ranking de las naciones. La Argentina se había pensado a sí misma como nación de modo distinto de lo que hoy puede pensarse. O, mejor dicho, los argentinos se soñaron como otro tipo de sociedad: más justa, más igualitaria y, sobre todo, siguiendo un acompasado movimiento conjunto de progreso. En el imaginario argentino de este siglo, cerrando la brecha social entre una cúpula y su base, aparecía la imagen de una multitudinaria clase media que nos diferenciaba de otros países latinoamericanos donde entre los pudientes y los miserables se abría un abismo infranqueable de temor y violencia recíprocos.

Investigaciones sucesivas demuestran que más del 70 por ciento de la población se consideraba miembro de la clase media, que podía albergar a todo aquel que gozara de un trabajo formal, del acceso real o potencial a ciertos bienes y servicios. La clase media argentina era notablemente heterogénea: podían encontrar cobijo dentro de ella tanto un obrero del conurbano como un aventajado profesional de Palermo, un empleado público del interior o un pequeño propietario del campo. Tal es su capacidad de bienvenida a tan diferentes formas de vida, que se puede pensar a la clase media como lo más cercano a esa identidad nacional moderna de siempre tan costosa definición.

¿Qué pasó en las últimas décadas con gran parte de nuestra clase media? La primera respuesta que surge es: ha desaparecido. Y sin embargo, esto no es cierto. La clase media no desapareció: una parte pequeña se ha mantenido en su lugar sin perder nada; otra porción, escasa, ha mejorado su posición y la gran mayoría se ha empobrecido. Es que la sociedad en su conjunto ha perdido casi un 40 por ciento de sus ingresos entre 1980 y 1990. Los empleados públicos, un 41 por ciento; los cuentapropistas, un 45 por



ciento; los trabajadores de la construcción, un 49 por ciento, y así el resto.

De ellos se trata este libro. De los argentinos que de diversas maneras se han empobrecido en las últimas décadas. De las familias, las madres solas con hijos, los jóvenes que no han conseguido un primer empleo acorde a sus calificaciones y aspiraciones y se han debido conformar con lo que quedaba. De maestros que han visto con estupor reducir más y más su salario siempre magro.

La sociedad argentina ha perdido mucho, muchísimo, mucho más de lo que en un primer pantallazo puede parecer. Si chequeáramos cosa por cosa, bien por bien, gusto por gusto lo que se ha modificado, contraído, suprimido y posteriormente olvidado, la lista parecería hablar de otra vida. Desde ir al club hasta los postres, desde el diario hasta el coche, desde el servicio de salud hasta la ropa nueva, desde las vacaciones hasta invitar a cenar a los amigos; distintos sectores de la clase media, dependiendo de su ubicación original y la magnitud de su caída, han perdido en casi todos los terrenos. Pero al empobrecernos como sociedad hemos perdido también bienes y servicios que colectivamente nos pertenecían en tanto ciudadanos: hospitales deteriorados, escuelas sobrecargadas, rutas pagas que reemplazan a las gratuitas, espacios privatizados que antes eran públicos, un medio ambiente descuidado, servicios encarecidos, nuevos impuestos sin un aumento en el polo de los ingresos, son algunos capítulos del empobrecimiento colectivo de una ciudadanía. También en tanto trabajador, el ciudadano ha perdido: las nuevas leyes de flexibilización laboral implican el cercenamiento de derechos sociales adquiridos. Empobrecimiento individual o familiar, empobrecimiento como ciudadano y como trabajador son las facetas de una caída colectiva comenzada hace más de una década y que hoy continúa.

Pero no es esto lo único que le ha sucedido a la Argentina: con el trasfondo del empobrecimiento de una parte de su

población, muchas dimensiones de la vida social se han cambiado, se modernizaron, se expandieron. El consumo se ha diversificado y crecido en los últimos años: hay más oferta de bienes y algunos de ellos han bajado sus precios relativos. Hay nuevos servicios y otros de antigua data con profundas innovaciones. La lógica de mercado va penetrando cada vez más áreas de la vida nacional que antes le estaban vedadas, lo cual tiene consecuencias tanto positivas como negativas. La estabilidad impulsó una expansión inusitada del crédito para la compra de bienes. No hay una sola tendencia en nuestra sociedad, sino que coexisten movimientos simultáneos de modernización de la producción, de extensión del mercado y de la oferta de bienes y servicios juntamente con el empobrecimiento de importantes franjas de la población y el ascenso económico de unos pocos. Alguien dirá: son dos países, dos realidades que ya casi ni se miran ni conviven entre sí; dos sociedades que empiezan a desconocerse, a no compartir más que la pertenencia a una misma nación. Y sin embargo no parece ser tan así: los cambios económicos también forman parte de la realidad de los nuevos pobres, son un elemento central en sus vidas: a veces como un factor de exclusión, como un mundo de otros al que se puede mirar pero no tocar, y a veces como nuevas posibilidades de detener la caída.

En este libro nos internaremos en el interior de una sociedad compleja, en la realidad de esa gran parte de la población que se ha empobrecido. Describiremos cómo se han producido las diferentes caídas, cómo se han vivido, cuál es la magnitud general de los distintos cambios. Cómo el empobrecimiento ha afectado diferentemente a distintos grupos sociales: de dónde han partido y a dónde han ido a parar los que han perdido. La pauperización tiene diversas dimensiones: hay, claro, un empobrecimiento económico, pero también hay un empobrecimiento cultural o social, por ejemplo. En las páginas que siguen veremos qué hacen los

FOTOCOPIADORA
 CEHCE
 101F46
 FOLIO S/F
 D/F

nuevos pobres, cómo sobreviven, qué sufrimientos los acompañan en la caída y qué alegrías permite la nueva vida. Trataremos de detectar qué cambia y qué permanece, y cómo se ven a sí mismos, al resto de la sociedad y a su vida pasada. Haremos hincapié en áreas vitales como la salud y la educación, afectadas por la caída. El empobrecimiento familiar y el empobrecimiento comunitario no siempre van juntos; por eso los diferenciaremos en un capítulo especial. Con la caída económica cae un valor central de nuestro imaginario: la creencia en el progreso. ¿Qué lugar queda entonces para la esperanza? ¿Qué futuros nos esperan?

ANEXO A LA INTRODUCCION

Cuadro Nº 1
 TASA DE MORTALIDAD INFANTIL Y ESPERANZA DE VIDA AL NACIMIENTO

País	Tasa de mortalidad infantil Muertos cada 1000 nacidos vivos		Esperanza de vida al nacimiento					
	1934	1980	1930-32	1980	1990	1990		
			Masc.	Fem.	Masc.	Fem.		
Argentina	97	41	59,9*	63,59	65,40	72,10	67,30	74,00
Italia	99	18	53,76	56,00	70,40	76,90	73,10	79,60
Estados Unidos	60	14	57,71	60,99	69,40	77,20	71,60	78,50
España	118	16	48,74	51,94	71,40	77,40	73,80	80,00

* Estos valores corresponden al año 1947.

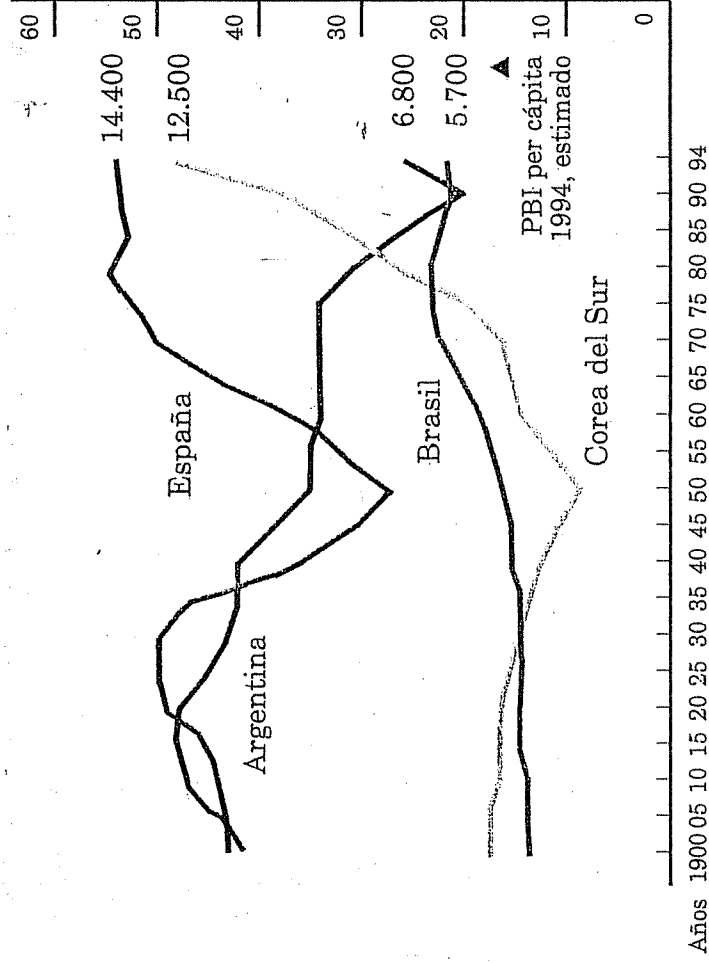
FUENTE: *Demographic Year Book. Annuaire Demographique* (1948 y 1990).
Statistical Abstract of the United States (1991).

NOTA: En términos de las estadísticas vitales Argentina, a comienzos de siglo, presentaba una situación similar a la de Italia y España. Para 1990 la mortalidad infantil es tres veces más alta en Argentina y la población tiene una esperanza de vida entre 6 y 4 años menor que en dichos países.



Gráfico N° 1

PRODUCTO BRUTO PER CAPITA COMO PORCENTAJE DEL DE ESTADOS UNIDOS.



FUENTE: Angus Madison,
World Bank; EIU.

Cuadro N° 2

CAPACIDAD ECONOMICA DE LA ARGENTINA, COMPARADA CON EL RESTO DE LA AMERICA DEL SUR*

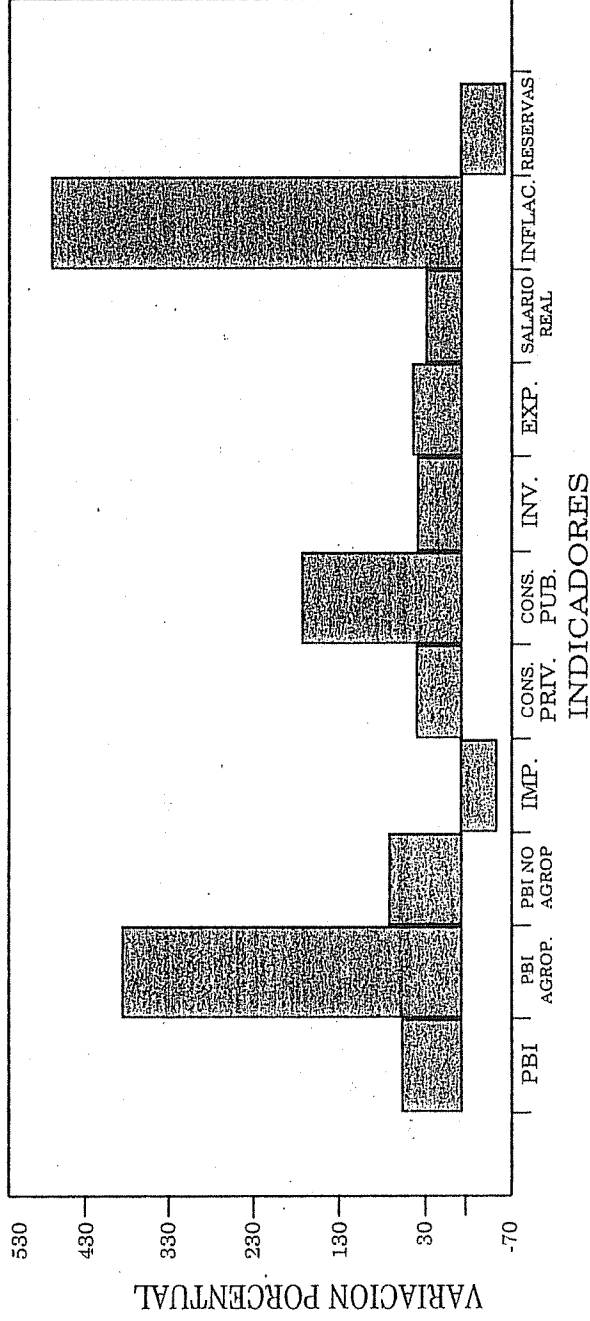
Actividades	América del Sur		Argentina su porcentaje del total
	Argentina	Demás repúblicas	
Comercio exterior (millones de m\$ _n)	1.590	1.578	50,1
Ferrocarriles, kms	37.800	50.585	43,0
Transporte por ferrocarril (millones de toneladas)	48	32	60,0
Pasajeros, 1924 (millones)	130	102	57,0
Teléfonos, 1924	157.041	191.806	45,0
Automóviles, 1924	125.000	89.026	58,4
Piezas postales, 1924 (millones)	1.727	1.146	60,0
Telegramas, 1924 (millones)	22	14	61,0
Oro, 1921 (millones de m\$ _n)	506	189	72,8
Consumo anual de papel para imprimir, 1924 (millones de kg)	91	73	55,6
Total	3.169	88.385	50,1

* Alejandro E. Bunge, en la *Revista de Economía Argentina*, N° 89.

FUENTE: *La Argentina que no fue* (tomo I), J. J. Llach (ed.), Buenos Aires, Ediciones del IDES, 1985.

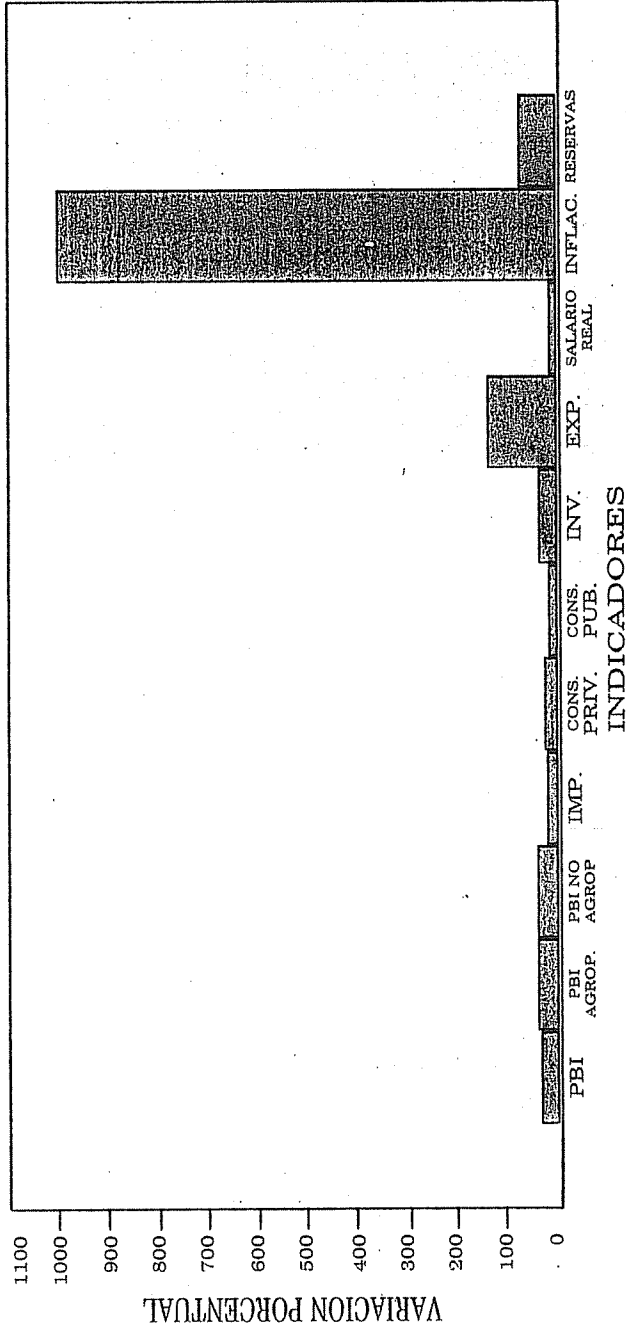
FOTOCOPIADURA
 CEHCE
 161 FAG
 FOLIO S/F
 D/F

Gráfico N° 2 a
 EVOLUCION DE ALGUNOS INDICADORES
 1930-1952



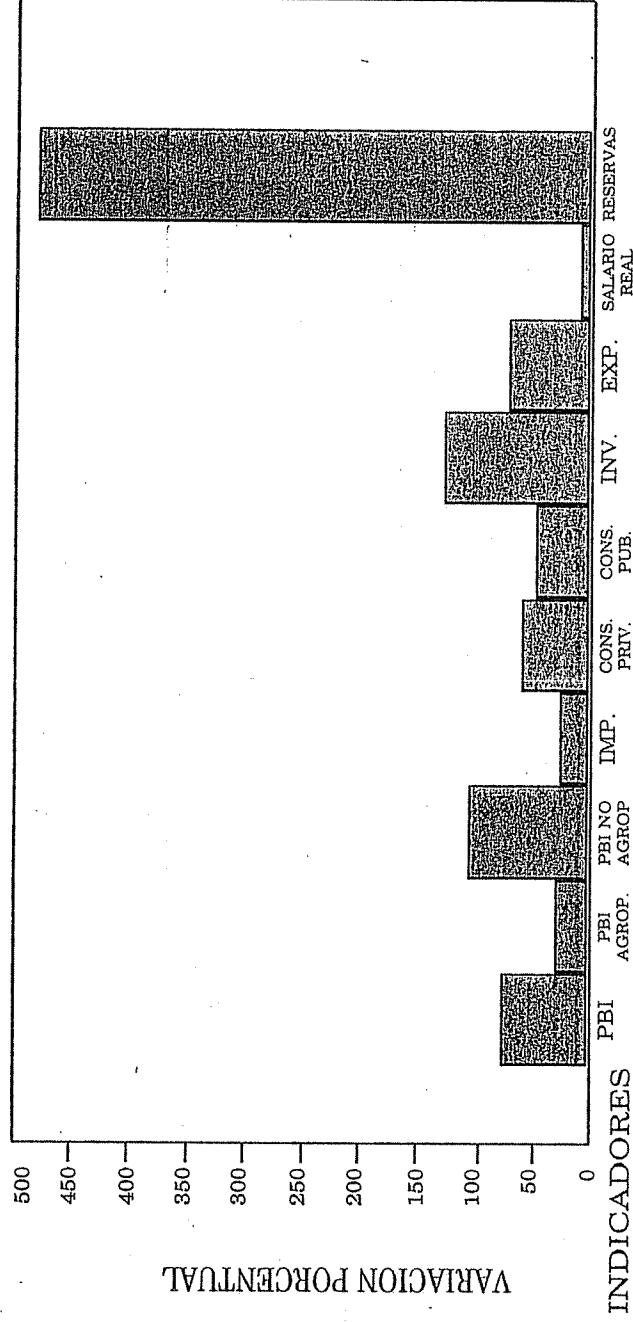
FUENTE: "Estadísticas de Argentina 1913-1990", Cuadernos de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) N° 4.

Gráfico N° 2 b
 EVOLUCION DE ALGUNOS INDICADORES
 1952-1963



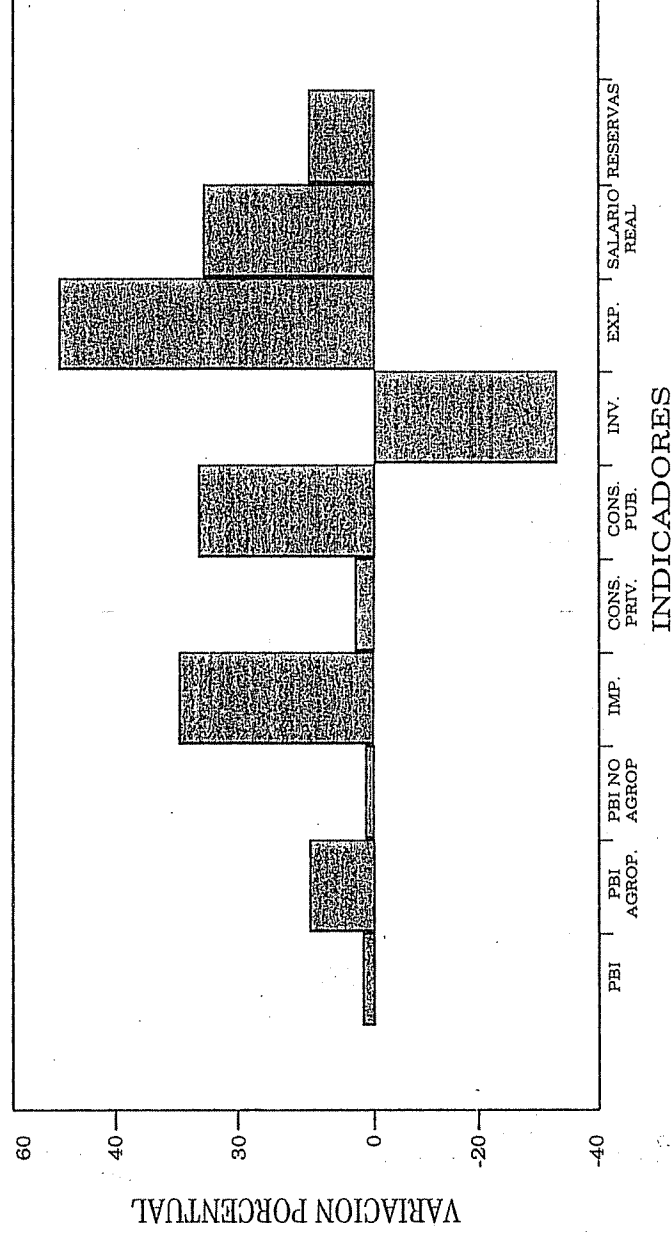
FUENTE: "Estadísticas de Argentina 1913-1990", Cuadernos de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) N° 4.

Gráfico N° 2 c
EVOLUCION DE ALGUNOS INDICADORES
1963-1976



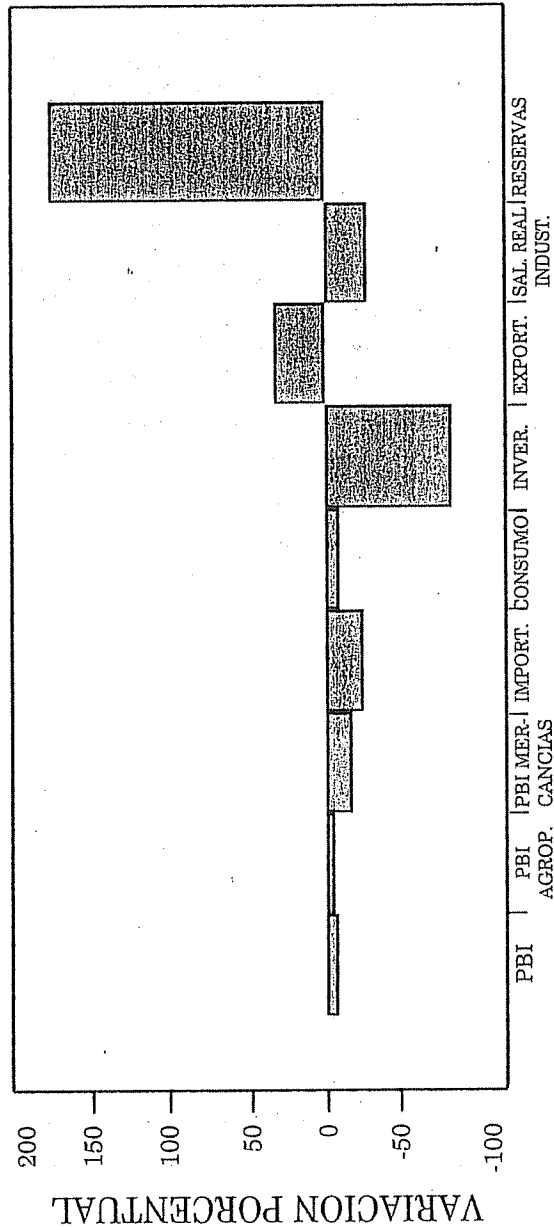
FUENTE: "Estadísticas de Argentina 1913-1990", Cuadernos de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) N° 4.

Gráfico N° 2 d
EVOLUCION DE ALGUNOS INDICADORES
1976-1983



FUENTE: "Estadísticas de Argentina 1913-1990", Cuadernos de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) N° 4.

Gráfico N° 2 e
EVOLUCION DE ALGUNOS INDICADORES
1983-1990



INDICADORES

FUENTE: "Estadísticas de Argentina 1913-1990", Cuadernos de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) N° 4.

1.

Cayéndote, cayéndose

"Empezamos a perder, a comernos los camiones uno por uno..."

Cuando en marzo de 1983 Haydée Espeche tomó la decisión de sacar a su hijo menor del colegio privado bilingüe al que hasta entonces había ido y pasarlo a una escuela pública, no podía sospechar que aquél sería apenas el primero de una serie de renunciamientos, ajustes y pérdidas que —como nos decía en su pequeño living de Banfield diez años más tarde— "nunca parece llegar a su fin":

Mi marido tenía la flota de camiones que transportaba los productos del Laboratorio Nelson. No era empleado, era el patrón, tenía dos camiones grandes como esta pieza, dos choferes y dos peones... Parece que el laboratorio empezó a ir mal, mal, pero él no se imaginó que lo iban a cerrar, tampoco nadie lo tenía al tanto de lo que pasaba. Esperaba que repuntara; muchas veces había habido menos trabajo, pero enseguida repuntaba. Pero esa vez no. Así, de golpe y porrazo, le dice el gerente: "Se cierra en dos me-

FOTOCOPIADORA

CEHCE

161E46

S/F

FOLIO

D/F

ses". Así, de golpe. Fue un shock, porque éramos como de la empresa pero en realidad no éramos, porque no había ni contrato; era un arreglo de palabra. Dejaron de llamarlo de un día para otro. Y ahí empezó todo, ahí fue una y otra y otra y otra. Empezamos a perder, a comernos los camiones uno por uno...

Este es el punto de partida del empobrecimiento de los Espeche. Son de aquellos nuevos pobres que comienzan a caer cuando el principal ingreso familiar desaparece. Pero si el trabajo que dio sustento a una determinada organización familiar puede perderse de un día para el otro, su verdadera caída, el empobrecimiento concreto, profundo, descarnado, es un proceso lento, complejo, heterogéneo, con repuntes y recaídas, que va erosionando cada resquicio de la vida familiar a lo largo de años. Haydée sintetiza el proceso en una poderosa imagen: "comerse los camiones".

Nos deshicimos del primer camión y con eso alquilamos un localcito para la venta de empanadas y pizza en el centro de Lanús. No teníamos la menor idea de cómo se manejaba un negocio y menos que menos uno de comidas. Creo que se nos ocurrió porque pensamos que lo que nunca iba a dejar de hacer la gente era comer... Estábamos en las nubes... Trabajábamos los cuatro como bestias y sacábamos apenas para los gastos y mientras tanto tirábamos con lo que nos quedaba de los camiones. Estuvimos así el primer año, que ni perdíamos ni ganábamos. Cuando se vino la renovación del contrato, hicimos bien las cuentas y vimos que en verdad habíamos perdido plata, entre los hornos y la habilitación y todas las cosas que habíamos pagado y que si seguíamos íbamos a perder lo que nos quedaba y decidimos cerrar. Macana tras macana, en el medio teníamos la casa de Adrogué sin terminar y como unos locos la hipotecamos para sacar un préstamo y terminarla... Le faltaba la cocina, la parte de atrás y las cosas del baño. Que al final ni coci-

na, ni baño ni nada, por querer tener todo perfecto nos quedamos sin el pan y sin la torta, porque nunca pudimos levantar la hipoteca y después la casa también se perdió...

Como en el caso de tantos otros empobrecidos que fueron perdiendo su capital, aparece acá algo que podríamos llamar "síndrome de irracionalidad económica retrospectiva": la insoportable certeza actual de que en plena caída se hicieron gastos totalmente innecesarios que aceleraron el empobrecimiento. En las historias de la nueva pobreza siempre hay casas y coches malvendidos como intento de sostener el estilo de vida acostumbrado, viajes familiares cuando se estaba a un paso del abismo, créditos y círculos de ahorro que nunca llegaron a completarse, fiestas de casamiento en las que se gastaba en una noche lo que no mucho más tarde sería el presupuesto para seis meses. Tampoco faltan pedidos de préstamos a bancos y usureros "para salir del paso" que terminaron confiscando lo que aún les quedaba. Al sumar las cifras que se destinaron a gastos imposibles, cuotas impagables y negocios mal pensados, el monto que se obtiene representa un capital nada despreciable, que, de haber sido invertido en las ofertas más convenientes que en cada momento ofrecía el mercado financiero, habría evitado, o amortiguado al menos, la caída.

En los nuevos pobres provenientes de sectores más bajos se detecta, al comienzo inadvertido de la caída, inversiones en arreglos de la casa que quedaron a medio hacer, televisores, heladeras y otras cosas compradas en cuotas que no llegaron a pagarse, así como la adquisición de terrenos en zonas alejadas para edificar futuras casas propias que nunca serán más que proyectos.

No se trata de descuido ni de falta de previsión. Malvendieron bienes, inventaron negocios imposibles, malgastaron un capital precioso simplemente porque no sabían qué hacer, no sabían qué estaba pasando y mucho menos sabían qué iba a pasar. Casi todo lo que hicieron lo tuvieron que

hacer a ciegas, no tuvieron señales de que lo que estaban comenzando a experimentar era, ni más ni menos, un irreversible proceso de caída que iba a cambiar sus vidas y las de sus familias para siempre. Suponían que lo que estaban viviendo no era más que una crisis temporaria, que muchos ya habían experimentado en el pasado. La pobreza no entraba en los cálculos, habían vivido hasta entonces en un mundo donde el futuro tenía grabado a fuego el signo del progreso. Muchos consumieron sus ahorros para mantener un estilo de vida o pidieron un préstamo para hacer la fiesta de casamiento de la hija, porque eran decisiones acordes a la situación acostumbrada, que en realidad había llegado a su fin, pero nadie lo sabía.

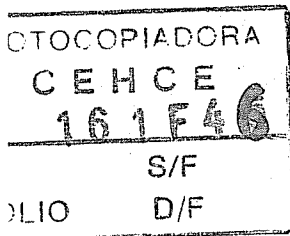
Uno de los momentos más duros de la caída es cuando se toma conciencia de que, efectivamente, todo ha cambiado. El instante puede ser tan sutil como lo es un comentario doloroso en voz baja deslizado por alguien, un mirarse en el espejo y reconocerse por primera vez mal vestido y avejentado, el obligado abandono del colegio privado, del club o la venta de una casa o un auto. Otras veces la toma de conciencia es más brutal y repentina, provocada por un despido, el desalojo o el embargo de bienes. Pero cuando la caída es paulatina, como sucedió en la mayoría de los casos, hay un punto de inflexión de la propia historia en que todo cambia o, mejor dicho, en que repentinamente el sujeto toma conciencia de que todo ha cambiado hace ya un tiempo y que hasta ahora no lo sabía o, en el fondo, se resistía a saberlo. Haydée describe ese momento con precisión fotográfica:

Fue un día de octubre en 1986. Era cuando teníamos la casa de empanadas. A la mañana había recibido una intromisión judicial de la Municipalidad por la cantidad de impuestos que debía por la casa. Ahí me agarró un miedo bárbaro de perderla. Eso fue lo primero, fue como un presagio. Pero después se me pasó, me olvidé. Hice las cosas

de la casa, fui a hacer trámites a Lanús y a la tarde fui al negocio. Llegué al negocio a eso de las cuatro y media y lo veo a mi hijo, de pizzero, con un delantal, transpirado por el horno, gordo por comer tanta pizza, y ahí me agarró. Lo vi a mi hijo hecho un pizzero y no lo podía creer. Antes había sido un poco como un juego, todos juntos, los cuatro, dándose una mano en la mala, pero ahí, la vi, la verdad: Fabián, de pizzero, y todos nosotros... ahí, alrededor del horno.

"Pobres desde siempre, pero nunca tan pobres como ahora."

La historia de Ana y Raúl Monteso es diferente. Antiguos habitantes de una villa miseria de Colegiales, expulsada en masa por el gobierno militar en 1978 para evitar un espectáculo incómodo a los nunca llegados contingentes extranjeros que venían al Mundial de Fútbol, Ana, su marido y su hijo mayor (hoy ya tienen cuatro), empiezan a edificar en un terreno en el Partido de General Sarmiento a 8 kilómetros de San Miguel, que habían comprado con ayuda de los padres de él cuando se casaron. Pasan allí cinco años de miseria casi absoluta: el barrio es alejado y al principio vivían en una casa de chapas, sin luz ni gas ni transporte. Poco a poco, trabajando él de cooperativo y de sereno en un country de la zona por la noche, ella de confeccionista a destajo para la industria textil en su casa, construyen una vivienda de material, logran que dos de sus hijos pasen al secundario y que el mayor trabaje como ayudante de un plomero de San Miguel. En 1989, Raúl Monteso, durante un asalto al colectivo, recibe un culatazo en la cabeza, de resultas del cual pierde un oído y contrae una infección crónica. A los pocos meses lo despiden. Sin oído, con una dolorosa infección crónica que lo postra en la cama tres o cuatro días



al mes, con una mínima pensión por invalidez, rumbea de changa en changa cercano a cumplir los cuarenta.

Los Montesano también sufren un proceso de empobrecimiento, pero que comienza y termina en lugares distintos que el caso anterior. Su historia es también la de una caída; parecida y diferente de la que sufrió la familia de Haydée Espeche.

"Ahora, si es necesario, trabajo limpiando casas ajenas."

En un pequeño departamento en propiedad horizontal de un barrio alejado de José León Suárez, Partido de San Martín, vive Rita Quadrelli, una mujer menuda y dulce que dice haber redescubierto la religión en los últimos años. Su marido trabaja desde hace veintidós años en el mantenimiento de edificios públicos de la municipalidad local. Es un poco plomero, un poco albañil, un poco carpintero, un poco de todo. Con una categoría media, años de antigüedad, horas extras, periódicos contratos especiales para acelerar trabajos los fines de semana y en turnos vespertinos, una obra social aceptable, entre el sueldo y los beneficios sociales, lograron un pasar modesto pero aceptable.

No hay nada muy especial en su historia y en su destino suburbano: un trabajo estable, una casita comprada y refaccionada con el tiempo, alguna vez un auto olvidado ya en el pasado, vacaciones en los hoteles del sindicato. Rita Quadrelli es perito mercantil y trabajó en un estudio contable de la Capital hasta el nacimiento de la primera hija, y después con la máquina de coser en su casa, cosiendo para alguna pequeña industria textil o de juguetes que encargaban trabajo afuera. En los últimos años —ya en franca caída— cuando es necesario trabaja "limpiando por horas en casas ajenas".

Su caída fue más lenta, menos espectacular, menos visible, pero no por ello fue menos profunda que las de los Espeche o los Monteso. Su empobrecimiento fue el que sufrió la gran mayoría de los empleados públicos argentinos y que afectó a una gama enorme de trabajadores: desde docentes hasta administrativos, de personal de maestranza a enfermeras. La depreciación de los salarios públicos en la última década marcó como pocos hechos al conjunto de la sociedad: como en una guerra o una epidemia, miles y miles de familias de variado origen y situación, en distintas provincias, ciudades y pueblos del país, resultaron afectadas por la impresionante contracción del Estado.

Las tres historias tienen un elemento en común: el deterioro de la situación alcanzada en el pasado, pero, simultáneamente son diferentes entre sí porque en cada una de ellas la caída comienza y termina en distintos lugares. Los Espeche pertenecían a la clase media propiamente dicha: casa propia, capital invertido en camiones, pequeño empresario de servicios, mujer sin necesidad de trabajar, colegio privado de costo medio, club familiar para el domingo, vacaciones anuales en la costa, etc. Los Monteso nunca abandonaron una situación de vulnerabilidad socioeconómica: habitantes de una villa, apenas con estudios primarios, cuatro hijos, trabajos precarios, su progreso fue el de abandonar la miseria y poder garantizar por años comida, acceso a la escuela y un techo seguro a sus hijos. Los Quadrelli formaban parte de una clase media baja: empleado público de mediana categoría, casa propia y coche, vacaciones sindicales, un estilo de vida simple pero no desprovisto de pequeños logros y la ilusión de un futuro mejor para los hijos.

Sus caídas les hacen perder diferentes cosas. Los Espeche deben ir suprimiendo de su vida cotidiana lo que antes era habitual y que la crisis va transformando en superfluo: el

club, la empleada doméstica por horas, el colegio privado, la cobertura médica prepaga, etc., todo aquello que los distinguía como miembros de la clase media. Pérdidas muy visibles y muy sentidas porque significaron un cambio total del estilo de vida. Sacrificio de lo "secundario" para proteger en última instancia lo básico: la casa, la comida, algo de ropa y una que otra salida muy de vez en cuando. En los Monteso, carentes prácticamente de consumos secundarios, el ajuste se centra en lo primario: la comida, la ropa, los útiles de la escuela, los viajes en colectivo, etc. "Pobres desde siempre —define Ana—, pero no siempre tan pobres como ahora." Su empobrecimiento tiene consecuencias más graves para dimensiones vitales de su familia, como la salud, pero no modificó mucho un estilo de vida que nunca permitió acceder a mucho más que casa y comida. Tampoco los Quadrelli pueden hoy afrontar con sus ingresos otra cosa que la comida, el pago de algunos impuestos y servicios y el transporte, pero a diferencia de los Monteso tienen todavía un trabajo estable, la obra social que les da atención médica, bonos para bienes, parientes y amigos en mejor posición.

Los Monteso y los Quadrelli atravesaron efectivamente la línea de pobreza, nivel de ingresos que marca un límite entre quienes pueden acceder a una canasta básica de bienes y servicios y quienes no pueden hacerlo. Cruzan la línea en algún momento de las décadas del ochenta o del noventa como consecuencia del proceso de crisis, estabilización y ajuste que nuestro país comienza a sufrir en 1976. Son nuevos en la pobreza: son nuevos pobres. Cada uno de ellos pertenece a uno de los dos grupos que conforman este universo. Los Monteso, a los ex pobres estructurales, es decir los pobres de antigua data, que en el pasado habían podido escapar de la miseria y que recayeron en ella en la última década. Los Quadrelli son parte de aquellas familias de clase media que nunca fueron pobres —ni imaginaron que lo serían— y que caen en la pobreza en las últimas décadas. Por su nivel educativo, la constitución de la familia, con

menos hijos que los pobres de antigua data, etc., parecen aún familias de clase media, pero otras variables relacionadas con la crisis, como el desempleo, la falta de ingresos, la precariedad laboral, los ubica en la pobreza. Los Espeche, si bien sufren una impresionante movilidad descendente, no llegan a atravesar la línea de pobreza, no son rigurosamente pobres. Para diferenciarlos de los otros dos grupos no deberíamos llamarlos nuevos pobres, sino empobrecidos. Sin embargo, utilizaremos ambas categorías en forma indistinta a lo largo del libro.

Las tres categorías de pobres: pobres estructurales, es decir, aquellos que nunca conocieron otra cosa que la pobreza; nuevos pobres de los dos tipos, es decir, los hoy rigurosamente pobres y antes no y los empobrecidos —quienes cayeron pero sin perder el acceso a los bienes y servicios básicos—, presentan puntos en común y profundas diferencias. Se emparentan en que todos ellos resultaron "perdedores" en la Argentina de las últimas décadas. Todos ellos han debido resignar "algo": en algunos casos, cosas vitales; en otros, cosas accesorias, pero todos han perdido. Algunas de las pérdidas corresponden a los bienes y servicios a que cada familia o individuo había logrado acceder en el pasado por su propia cuenta. Otras pérdidas, en cambio, se refieren a servicios que el Estado brindaba a toda la comunidad a través de la escuela, el hospital o los servicios públicos y que hoy han desaparecido, se han encarecido al privatizarse o simplemente su calidad se ha deteriorado.

NUEVOS POBRES: UNA CATEGORIA HETEROGENEA

Si bien todos perdieron, hay profundas diferencias en el tipo de vida pobre o empobrecida que van llevando. La heterogeneidad es el rasgo central de la nueva pobreza. ¿Pero

COPIADORA

CEHCE

161F46

S/F

10

D/F

7

en qué radica en concreto lo nuevo de la nueva pobreza? ¿Por qué hablar de heterogeneidad, de diferentes tipos de vida pobre donde a simple vista sólo vemos individuos y familias compartiendo un mismo piso común de magros ingresos y muchas carencias? Una primera pista nos la da el cuadro 4 del anexo B de este capítulo, que muestra la evolución de los salarios durante la última década. Allí se destaca la caída generalizada de los salarios en todos los rubros laborales. Pero además de esto, al mismo tiempo se profundizó la llamada "dispersión salarial". ¿Qué indica la dispersión salarial? Ni más ni menos que la forma en que en el interior de cada rubro se distribuyeron las pérdidas. Es decir, si todos los rubros perdieron, en el interior de cada rubro no todos perdieron en forma pareja. El aumento de la dispersión salarial muestra el ensanchamiento de la brecha entre los que más ganan y los que menos ganan dentro de cada rubro. La nueva pobreza se fue configurando entonces con los que resultaron perdedores de cada categoría ocupacional.

Un nuevo universo de lo más variado se fue formando: empleados públicos de todo tipo, obreros de especialidades diversas, jubilados, empleados de comercios, desempleados, cuentapropistas, profesionales, gente del campo. Expulsados de ese otro territorio heterogéneo que, a falta de un mejor nombre, acostumbramos llamar "clase media argentina" se reencuentran en la nueva pobreza. "Nuevo pobre" puede ser un maestro salteño, el dueño de un kiosco de mala muerte de San Nicolás, el chofer de un remis de La Rioja, un despedido de YPF de Plaza Huincul en busca de un puesto de trabajo que no existe, un obrero de una industria textil de San Martín fagocitada por la importación, un antiguo trabajador autónomo hoy jubilado que engrosa la marcha semanal de protesta frente al Congreso, un psicólogo cordobés con pocos pacientes, el capataz de una industria metalúrgica rosarina en vías de desaparición, el peque-

ño inversor que perdió todos sus ahorros en la quiebra de la financiera, el portero del Banco Provincial de Formosa en Clorinda, un policía catamarqueño y un pequeño productor algodonero chaqueño de Villa Angela a punto de perder sus tierras, sus maquinarias y su vivienda. Centenares de miles de personas de todos los rincones del país, de todo tipo de ocupaciones, nivel educativo y edades son los nuevos pobres.

La heterogeneidad actual se origina en que no es sólo el ingreso actual lo que define las condiciones de vida de los nuevos pobres: también entran en juego factores de tipo económico, cultural y social vinculados con el pasado de cada uno, con su vida de no pobres. Una diversidad de recursos, distintos del capital económico ya esfumado, se transformarán en sus herramientas principales una vez en la pobreza.

EL CAPITAL SOCIAL

Volvamos a los Espeche y los Monteso: a fines de la década del 70, por distintas razones —uno por hipotecas, otro obligado por los militares—, ambos debieron abandonar sus hogares y buscar una nueva morada familiar.

Los Monteso, sin nadie con quien contar, sin familia ni amigos mejor posicionados que ellos, fueron a donde pudieron, a un terreno aún no edificado, sin servicios básicos, mucho más lejos de todo —de fuentes de trabajo, de antiguos vecinos, hospitales y escuelas— que su antiguo barrio de Colegiales. Su pobreza, despojada de lo poco a lo que tenían acceso viviendo en la Capital, los vuelve en un principio aún más pobres.

Los Espeche, al perder la casa, buscan conocidos y familiares en mejor posición que puedan alquilarles una propiedad por un buen precio y sin depósito. Moviéndose entre conocidos, por un primo de un ex empleado del laboratorio,

llegan a encontrar la casa donde todavía viven. Abandonadas ambas familias por el Estado durante su caída, la posibilidad de torcer la suerte en uno u otro sentido se apoya en gran medida en la posesión o no de una red de familiares y de amigos que estén en posición de brindar trabajos, comprar bienes u obtener algún tipo de servicio —por ejemplo, atención médica— en condiciones favorables. Esto es lo que Pierre Bourdieu (1980a) llama “capital social”.

El valor del capital social depende de las diferentes trayectorias sociales y orígenes familiares. Diferente de la utilidad potencial de la red social de un empobrecido miembro de la clase media (que aún tiene, por ejemplo, un primo dentista, amigos con negocios de ropa que permiten pagar en cuotas o al costo, ex compañeros de trabajo que poseen una quinta de fin de semana y un conocido en un puesto jerárquico administrativo en un hospital que le consigue turnos en el laboratorio sin necesidad de hacer cola desde las 6 de la mañana) será la de la red social de un pobre de vieja data, cuyos familiares, vecinos y amigos están, casi siempre, en parecida situación de carencia, sin mucho para ofrecer.

En la nueva pobreza, la presencia de un mayor capital social marcará siempre alguna diferencia. Rita Quadrelli, proveniente de una familia de pocos recursos, y Graciela Montes, madre soltera marplatense que tiene en Buenos Aires hermanos y cuñados de buen nivel de ingresos, tienen un problema común: hijos pequeños, escasa calificación y necesidad de trabajar. Rita, en un suburbio de los suburbios, donde no hay jardines de infantes públicos. acordes a los horarios laborales, hace sus cuentas y llega a la conclusión de que lo que podría llegar a ganar no le alcanza para cubrir un jardín privado o una persona que cuide a su hijo: su pobreza material y el abandono que sufre por parte del Estado, conjugados con su carencia de capital social, empeoran su situación. Graciela, en cambio, tiene un hermano, padrino de su hijo, que paga un jardín privado cuyos horarios coinciden con los de una jornada laboral y así puede buscar un trabajo.

Ni los Romero ni los Bartorelli tienen cobertura médica. Los Romero viven en un edificio del complejo habitacional de Villa Lugano. Tres hijos, padre taxista, madre vendedora domiciliaria “de lo que pinte”, sólo les queda la sala del barrio y el hospital público. Sin tiempo, desconfiando de la calidad de los hospitales, si se presenta una emergencia los chicos acuden a la “salita” (la sala barrial de primeros auxilios), el marido “se da con remedios caseros” y ella, dice, “va a ir al hospital cuando se muera”. Los Bartorelli, ex pequeños empresarios del mueble, hacen gala de un abanico de médicos parientes y amigos del pasado de distintas especialidades, con los que se sienten “casi tan seguros como cuando teníamos la mejor cobertura médica prepa”.

Los Espeche recuerdan todavía lo que es el aire libre y las vacaciones porque un matrimonio amigo “que quedó en buena posición” los invita cada quince días a su quinta y además la dejan al cuidado de ellos en el verano, cuando se van de vacaciones. Pero la mayoría de las familias empobrecidas, muchas de las cuales cuentan con un ingreso igual o aún mayor que el de los Espeche, han borrado desde hace años las salidas al aire libre y las vacaciones del inventario familiar. Y en muchos de los proyectos de mejora, en la invención de nuevas argucias para conseguir aumentar los ingresos, gran parte de las esperanzas reposan en la eventual mano salvadora de algún conocido.

Pero no deben dejar de verse los límites de este tipo de recursos. Pueden proveer soluciones puntuales a determinadas carencias —no a todas—, y nada asegura, por otro lado, que su duración sea para siempre. Helena Bartorelli piensa que con sus prestigiosos amigos médicos ella está tan segura como con su cobertura privada, pero en realidad no es así. Mientras se trate sólo de controles de rutina, puede parecer real, pero no sabemos qué pasará si llegan a necesitar un servicio más complejo y caro, como una internación, una operación, un tratamiento largo. Algo así no puede resolver-

FOTOCOPIADORA

CEHCE
161F46

S/F

OLIO

D/F

se en el consultorio de los amigos. Además, los amigos profesionales podrían tal vez cansarse de estos empobrecidos "pedigüeños" y no atenderlos más. ¿Y si se distancian, si se pelean? ¿Si el amigo cambia de ciudad o de país, si fallece? Todos estos son arreglos temporarios que tienen como telón de fondo una real vulnerabilidad social de sus usuarios.

EL CAPITAL CULTURAL

Además del capital social, hay otro tipo de recurso que pudieron ir acumulando en forma desigual los empobrecidos. Zunilda, una tímida chaqueña del Barrio del Arca, en General Sarmiento, cuyo marido es planchador textil, cuenta la mala atención que sufrió en el hospital de San Miguel una vez que llevó a su hijo enfermo. ¿Qué hizo entonces? "No fui más a ese hospital", única reacción. Y desde entonces no fue a ningún otro hospital. En cambio Beatriz Rienzo, muy desenvuelta, empleada de una inmobiliaria pequeña de Capital, cuenta un problema que tuvo una vez en el hospital Durand por la atención de su hijo. ¿Y qué hizo? "Me fui hecha una tromba a encarar al jefe de residentes, que era un neñito que por poco se muere cuando le hice frente." ¿Y siguió yendo? "Sí. Ahora me respetan", dice.

El origen social, la educación recibida, el tipo de experiencias y la posición ocupada en los distintos ámbitos sociales que se han transitado van forjando formas casi inconscientes de mirar el mundo y de representarse su propio lugar en él. Todo esto, según Pierre Bourdieu, va originando disposiciones a percibir, a actuar, a reflexionar, a demandar —o a no demandar— que variarán según las distintas clases sociales. Zunilda, que nunca tuvo acceso a mucho más que nada, no se ve a sí misma como legítima poseedora del derecho a un buen trato en un hospital público. Beatriz Rienzo, porteña de clase media empobrecida, conoció más; ella nos dirá: "Soy una ciudadana, ¿cómo no voy a pelear por un

mejor trato?". Entre ambas hay una diferencia en lo que Bourdieu (1979) llama "capital social", el cual será uno de los principales recursos con que cuentan los nuevos pobres hoy en la Argentina.

Si se compara el capital cultural y, en particular, el capital social de distintos nuevos pobres lo primero que se destaca es, justamente, la diversidad. Los Espeche tienen varias familias amigas con quinta, pero ningún pariente médico, por lo cual combinan fines de semana y veranos de campaña con las colas en el Policlínico de Lanús. Los Lewin, médicos empobrecidos, pero médicos al fin, dicen tener de casi todas las especialidades una amplia gama entre los colegas de ambos para elegir, pero aseguran que la última vez que estuvieron en Mar del Plata fue en la época de Isabelita. Cuando Carlos Astrada cuenta de qué manera ha logrado que su obra social se haga cargo de una operación de su madre apelando a sus derechos como trabajador frente a diversas autoridades del sindicato, uno no duda que está ante un experimentado militante político con amplia capacidad de negociación, pero su origen obrero no le brinda más opciones de conocidos que otros que "están en la misma o peor" que él.

Personas que deben hacer frente a la pobreza después de haber recorrido diferentes circuitos sociales se encuentran con que lo poco que tienen para tratar de hacer pie en la nueva situación son recursos vinculados con su pasado; pero estos recursos no fueron acumulados y seleccionados con un criterio estratégico y previsor. Nadie comenzó una o dos décadas atrás a completar un listado de médicos, comerciantes, abogados, contactos en la municipalidad para el futuro. Con humor, Mabel Lewin decía que si hubiera sabido la que se venía en vez de hacerse amigos de tantos médicos se habrían hecho amigos de un plomero, un gasista, el dueño de una boutique y el de una peluquería. Nadie pensó en entrenarse para protestar con el fin de obtener un buen servicio en un hospital o agilizar un trámite en el municipio.

Utilizando estos recursos que adquirieron sin seguir ninguna lógica más que la del propio origen e historia personal, los nuevos pobres llegan a satisfacer necesidades de lo más diversas. Pero simultáneamente, dado lo fortuito y aleatorio de los recursos con que se cuenta, habrá muchas demandas que queden insatisfechas y por lo tanto las carencias también serán muy heterogéneas.

La heterogeneidad de recursos y de carencias va conformando un territorio complejo, en el que a primera vista hay más cosas que separan a los nuevos pobres entre sí que lo que los liga. Lo que tienen en común es la situación desigual que experimentan en distintas esferas de sus vidas. Esta falta de uniformidad puede a veces desorientarnos, pues estamos más habituados a la pobreza tradicional, que cubre todas las esferas de la vida: salud, educación, tiempo libre, etc. Una exclusión en todas las áreas que lleva a la exclusión íntegra de las personas que la sufren. En la nueva pobreza, por su heterogeneidad, la miseria y la exclusión son relativas porque, como vimos, hay quienes sufren la exclusión en algunas esferas de su vida social mientras que en otras están aún incluidos.

INVISIBILIDAD

La nueva pobreza es también una miseria difusa, dispersa en las grandes ciudades. Mientras que los viejos pobres viven en barrios y enclaves reconocibles por todos, los nuevos pobres no. Casi cualquier barrio, prácticamente cualquier edificio de clase media puede albergarlos. Es una pobreza privada, de puertas adentro. Esta dispersión y la desorientación que produce transforman la nueva pobreza en una pobreza casi invisible. Más allá de una sensación generalizada —y bastante acorde con la realidad— de que “todos” somos nuevos pobres, no se sabe muy bien de qué se trata la nueva pobreza. Y sobre todo porque está ausente

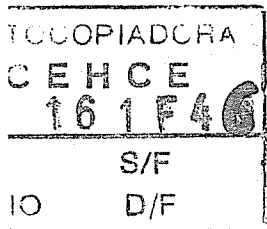
de la agenda pública: a diferencia de lo que ocurre en muchos países desarrollados, acá no se discute, ni siquiera se toma en cuenta, la posibilidad de implementar políticas públicas específicas para estos sectores.

En efecto, el gran ausente en el escenario de la nueva pobreza es el Estado. En ninguno de los testimonios que recogimos apareció la posibilidad de haber recurrido al Estado en momentos de crisis, para obtener un apoyo o al menos amortiguar la caída. Una característica central de lo que Eduardo Bustelo (1991) llamó el “Estado de Malestar” es que abandonó a sus ciudadanos justamente cuando más necesitaban de él. Si en la última década tantos cientos de miles de habitantes de nuestro país no pudieron evitar su ingreso en el territorio de la pobreza, se debió no sólo al tipo de políticas de estabilización y ajuste llevadas a cabo, sino también a la inexistencia de políticas públicas *preventivas*, a las que se pueda recurrir antes de verse arrojado a la pobreza y a la exclusión.

LAS CAUSAS DE LA CAIDA

Rubén Rodríguez, de 50 años, nos recibe en su casa de Barracas.

Yo estuve los últimos veinticinco años como capataz de un taller mecánico, un taller de la industria metalúrgica y de momento estoy de obrero, soy obrero. Si bien mantengo mi lugar, porque estoy trabajando, la empresa como consecuencia del país mismo o de los dueños también ha ido perdiendo capacidad, se vino abajo. Es una empresa que se dedica a reparaciones industriales como, por ejemplo, barcos areneros, partes de barcos areneros, molinos harineros, metalúrgica pesada: laminaciones, todo lo que sea reparar algo grande, mecanizado principalmente. Todo eso, si lo analizamos, se ha ido cayendo, todo se fue cayen-



do... y yo me fui cayendo con todo eso... Perdí nivel, nivel adquisitivo sobre todo... y la parte anímica también, porque uno se encuentra siendo capataz de una empresa durante veinticinco años y de pronto pasa casi a un segundo término. Ahora siento que me han puesto una pared, no puedo seguir hacia adelante, no tengo la posibilidad de seguir haciendo una posición, para mí, para mis hijos, una posibilidad de estudio.

No todos se empobrecieron de la misma manera. Lo que vemos como un proceso general de pauperización de gran parte de la sociedad tuvo en el interior de las distintas familias la forma de un suceso o una serie de sucesos específicos, que actuaron como desencadenantes de la caída. Las causas particulares que hayan producido cada caída serán un factor más de heterogeneidad una vez alcanzada la pobreza.

El caso de los Espeche ilustra la caída por pérdida de la ocupación, que, por el camino de la descapitalización constante, los lleva al empobrecimiento. El caso de Rubén Rodríguez es distinto: capataz durante veinticinco años, su caída fue paulatina y empezó desde mucho más abajo que la de los Espeche. Asalariado, sin bienes que vender, su empobrecimiento fue el más común entre los sufridos por los argentinos: la depreciación salarial. Obreros-industriales, empleados públicos de todo tipo, trabajadores por cuenta propia, empleados de servicios, jubilados, obreros industriales, a todos ellos la desvalorización de los salarios afectó de distintos modos.

Arnoldo Forti, 43 años, jardinero diplomado de la Dirección de Parques y Jardines de la Municipalidad de Buenos Aires, no perdió todo de golpe ni mucho menos: su empobrecimiento fue en cuotas. Primero perdió un trabajo que le reportaba un ingreso extra:

Nos arreglábamos con este trabajo y dando clases de jardinería en colegios diferenciales. Di clase hasta que en

el gobierno de Alfonsín consideraron que éramos todos incumplidores y vagos y directamente nos borraron, sin considerar si la tarea estaba bien hecha. Todavía hoy, después de cuatro años, no he cobrado ese dinero que me deben. Dábamos clases a niños con problemas de conducta, clases particulares. Éramos un equipo de veinte personas, que se hacía por un contrato especial, fuera del horario de trabajo, se iba a colaborar con los chicos. Había que enseñarles a cuidar las plantas, a trabajar. El proyecto era muy interesante, pero lamentablemente, para economizar, se dijo "no" de un día para otro. Se dijo que era muy caro, hasta ahora no cobramos un peso.

—¿Era caro?

—No, eran más o menos 200 pesos.

Con el telón de fondo del congelamiento de salarios públicos ya bastante deprimidos, después de este primer golpe, sufre otro que lo empuja escalones más abajo.

Entonces uno se va desmoralizando. Sigue trabajando, pero cada vez con más trabas, uno ve que no puede progresar, no puede a mantener su familia y lamentablemente ahora los horarios cambiaron. Antes eran corridos, de 7.30 a 15.00. Ahora es cortado, de 9.00 a 13.00 y de 14.00 a 18.00, esto fue para que uno se cansara y abandonara. Yo estoy asociado con otro colega con el que hace unos diez años hacemos decoraciones, parquizaciones, asesoramientos... y lo poco que teníamos hasta hace poco lo tenemos que dejar porque no hay posibilidades, lamentablemente no hay tiempo.

Las pérdidas fueron sucediendo de a poco, a lo largo de casi una década. Nada de lo perdido era en sí mismo definitorio para el equilibrio de la economía familiar, pero el conjunto de carencias que se fueron sumando configuran en la actualidad una situación que pone a esta fa-

milia por debajo de la línea de pobreza, ya que cuentan con unos 500 pesos mensuales para mantener a cinco personas.

Forti y Rodríguez cayeron por una misma causa pero, sin embargo, al observar sus casos de cerca se detectan algunas diferencias. Los dos perdieron ingresos, pero Rodríguez perdió también un coche que la empresa le daba como capataz y que usaba como propio. Ninguno de los dos quedó sin obra social, pero mientras Forti continúa utilizándola con pocas quejas, Rodríguez también pierde un arreglo que tenía con su empresa para usar la obra social de supervisores metalúrgicos, en la que confiaba más que en la de los obreros. Despojada de los servicios de confianza, la familia no quiere ir mucho al médico. También visualizan de manera diferente el proceso que vivieron: Forti entiende claramente lo que él sufre como parte de un embate generalizado contra los trabajadores públicos, mientras que Rodríguez, solo, sin saber muy bien con quién compararse, qué pasó ni quién lo hizo, no atina a dar con el responsable: acaso él mismo, que no supo darse un mejor lugar o contribuir con la empresa, acaso el país, acaso los patrones.

Cada uno de ellos avizora un futuro diferente. Forti no ve esperanza alguna, aguarda un futuro colectivo aún más negro, de empobrecimiento y exclusión para todo el empleo público. En cambio Rodríguez, sin muchos referentes, confía, no pierde esperanzas en que su situación y la de la empresa repunten.

La manera en que se visualiza el futuro no es algo secundario. Según cómo cada uno imagine el futuro, imaginará a su vez distintas estrategias para superar la situación actual. Le preguntamos a Forti por lo que se viene...

Bueno, ésa es la gran duda. ¿Qué hacer en esta emergencia? ¿Cómo tratar de suplir esto? Una de las posibilidades era que mi mujer trabajara, hay un primo que está en buena posición económica, que trabaja para Yelmo.

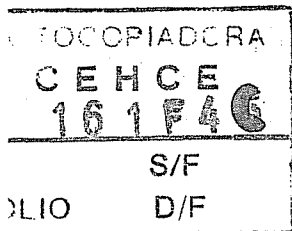
Teóricamente le pasaría trabajo para que ella pudiera hacer en casa, bolsas de aspiradoras para poder subsistir un poco mejor.

Cuando le preguntamos a Rodríguez, cuya mujer también es ama de casa, qué pensaba hacer, su respuesta fue otra:

Como dicen en el campo: esperar hasta que aclare. Algo se va a mover. En la empresa hay sangre más joven que está tomando la manija, los hijos del dueño, y se dice que tienen muchos planes para sacarla adelante.

Otros son expulsados de sus puestos y pasan a lo que se llama "mercado informal" o "cuentapropismo", donde no existe ningún tipo de estabilidad ni beneficios sociales como en el caso de los asalariados. En la caída se puede perder "sólo" poder adquisitivo o bienes, como la casa, un coche o el negocio. Hay que diferenciar entre perder poder adquisitivo y perder el trabajo. También se empobrece aquel que pierde un segundo ingreso, como le ocurrió a Arnoldo Forti y a muchos otros empleados públicos arrinconados por el cambio de horario. Hay empobrecimientos con secuelas: hipotecas, deudas que se arrastrarán y los carcomerán por años.

La crisis arrecia primero contra aquellos que ocupan las posiciones más vulnerables en el mundo del trabajo, como la mayoría de las mujeres sin calificación. María Lorenzi trabajaba de costurera en una fábrica de alfombras y cuando nació su hija debió dejar de trabajar: no tenía dónde ni con quién dejarla. Reaparece en escena el Estado de Malestar: justamente cuando más necesitaban los Lorenzi el sueldo de María, la carencia de una guardería pública a su alcance los priva de ese ingreso que los mantenía alejados de la pobreza. Mirta Tresouri durante años contribuyó al presupuesto familiar con lo que ganaba haciendo trabajos de



cóstura en su casa para unas tres o cuatro pequeñas industrias. La importación aplastó a sus clientes, que dejaron de darle trabajo.

En muchos otros casos el ingreso de la mujer, antes secundario, se transforma en el principal ante la pérdida del ingreso del marido. José Grandi, ex propietario de una verdulería de la ciudad de Santa Fe, luego de quebrar se hace cargo de las tareas de la casa para que su esposa pueda terminar sus estudios de contadora y trabajar a la vez. Juan Gatti, del Barrio del Arca, en General Sarmiento, era encargado en una industria metalmeccánica en Martínez, y su esposa hacía trabajos de costura en la casa para obtener un pequeño ingreso suplementario, hasta que en 1992, durante un proceso de reducción de personal, a él lo despidieron. Como casi no tiene esperanzas de encontrar otra ocupación, aprendió a coser a máquina y ahora viven con el trabajo que les envían talleres textiles.

Un grupo de empobrecidos que difícilmente se perdonan su suerte son los que cambiaron de trabajo y allí se cayeron. Gente que pasó del sector público al privado, como Víctor Azud, quien en 1992 se cansa de un puesto sin futuro en la Superintendencia Nacional de Seguros después de doce años de servicio y emprende un viaje de ida al cuentapropismo que no deja de maldecir a lo largo de toda la entrevista. Con el retiro voluntario, junto a un amigo, sin saber nada de comercio ponen un maxikiosco en Claypole que no dura más de un año. Hugo DeMaría realiza el camino inverso, pero con igual suerte: cansado de la inseguridad de sus trabajos de pintor, entra en la Dirección General de Educación de la Municipalidad de Buenos Aires a fines de 1980, antes del congelamiento de los salarios: "Fue como haber comprado una casa en la punta del Krakatoa —nos decía— un día antes del estallido del volcán".

Otros se empobrecen al encarar emprendimientos que, justamente, les iban a permitir mejorar la situación y terminan haciéndoles perder todo o casi todo.

Empezamos a fabricar en el 87 —dice Mirta de Augopian— porque con la mercería se ganaba muy poco, son todas cosas chiquitas. Entonces dijimos de fabricar camisas; para la clase media para arriba, porque para abajo ya no compran más nada. Al principio nos fue muy bien, vendíamos todo lo que fabricábamos. Ahí dimos pagarés, pedimos plata prestada para invertir... Después se puso turbia la cosa: se vino todo lo importado, a menos de la mitad de costo... Nada, no había nada que hacer. Ahí yo dije basta, paramos aquí, no fabricamos más: tuvimos que dar la mercadería como forma de pago del préstamo, tuvimos que vender el coche... Un poco más y perdemos la casa con nosotros adentro...

Hay un tipo de empobrecimiento distinto: cuando no es que los ingresos disminuyan sino que los gastos aumentan. Es lo que ocurre con muchas parejas jóvenes que empiezan a tener hijos pero mantienen los mismos ingresos, y también cuando un miembro de la familia enferma de gravedad y es necesario comenzar un tratamiento costoso sin tener la cobertura médica adecuada. La situación de vulnerabilidad que padecen embarca a todos en un nivel de gastos que los lleva al descalabro económico. Estos dos tipos de empobrecimiento, que pueden parecer más vinculados con causas personales que los restantes, en realidad hacen visible un fuerte déficit en los derechos sociales. Porque si el nacimiento de un hijo o la enfermedad grave de un padre destruye la organización económica, lo que falla es la existencia de una red de seguridad y servicios públicos confiables, a la que se pueda recurrir ante situaciones de este tenor.

Hay una infinidad de casos diferentes de vulnerabilidad social y económica. Augusto Slavin, de Presidencia Roque Sáenz Peña, Chaco, es un pequeño productor algodonero a quien la baja de los precios del algodón junto a los altos

intereses de los créditos y la falta de apoyo del Estado obligaron a contraer hipotecas sobre el campo, la casa y la maquinaria, que están próximas a ser ejecutadas. Hay muchas personas que no tienen a quién recurrir y que, si no cuentan con la asistencia de sus familias, caerán en la pobreza. Por ejemplo, las madres solas, que no reciben ningún ingreso de los padres de sus hijos ni, claro, del Estado; los discapacitados, los "indocumentados", los afectados de sida o de otras enfermedades crónicas que no tienen trabajo; los chagásicos, los que sufrieron internaciones psiquiátricas, los ex presidiarios y, por supuesto, los jubilados. Hay miles de ex empleados que cobraron retiros voluntarios del Estado o indemnizaciones de empresas que cerraron o se achicaron hace unos pocos años y ya van viendo desaparecer su capital en negocios no rentables. Poco sabemos de las ciudades pequeñas del interior, de 20.000, 30.000 habitantes, que eran los centros urbanos de zonas de los productores locales de caña, de arroz, de papa, de manzana, de algodón y tantos otros cultivos, muchos de los cuales languidecen...

LOS JOVENES

Las últimas cifras de la creciente desocupación en la Argentina muestran que el grupo más afectado es el de los jóvenes de entre 15 y 19 años. Según datos de octubre de 1993 para el Gran Buenos Aires, la desocupación en esta franja de edad era del 29 por ciento, frente al 9,6 por ciento de la población general. Los jóvenes de escasa calificación no encuentran trabajos fijos, sólo changas o contratos temporarios de poca paga y sin estabilidad. Sufren una pobreza encubierta mientras continúan viviendo en la casa familiar que se transforma en una pobreza declarada una vez que dejan su casa para formar su propia familia. Están los que provienen de hogares de clase media, mu-

chas veces ya con familia, con algún título, pero que no consiguen un trabajo acorde y languidecen en puestos de baja calificación y bajos ingresos. Para algunos de ellos esta situación es transitoria, pero por la dinámica propia del mercado de trabajo en esta época, la mayoría posiblemente no accederá jamás a puestos acordes a su nivel de calificación.

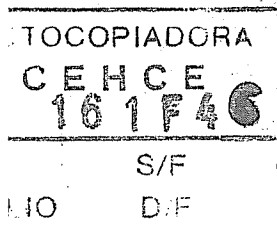
LAS FORMAS DE LA CAIDA

Empobrecidos por la paulatina pérdida de valor de sus ingresos, por el desempleo, por haber perdido uno de los dos o tres trabajos que mantenían en pie a la familia; pauperizados por estar condenados a peores trabajos que aquellos para los que están calificados, por el casamiento, por el nacimiento de los hijos o la enfermedad terminal de uno de los padres, por ser madres solteras o por un forzado cambio de rumbo, de las malas hacia una peor, lo cierto es que estamos ante un fenómeno nuevo, la "nueva pobreza", que modificó la estructura de la sociedad argentina.

Una vez que comenzó la caída, ésta adopta diferentes ritmos y velocidades. Hemos detectado dos formas, cada una de las cuales agrega ingredientes propios a las experiencias de empobrecimiento: la caída abrupta, que llamaremos "derrumbe", y la caída escalonada, que en algunos casos se da con conciencia de la situación y en otros se da como un deslizamiento imperceptible hacia la pobreza.

1) El derrumbe

En marzo de 1980 para José Morillo empieza otra vida, peor que la anterior. El Banco Central anuncia ese mes la liquidación del Banco de Intercambio Regional, uno de los principales bancos privados del país. Jubilado autónomo, había colocado allí el fruto de sus ahorros de décadas, que



pensaba destinar a su vejez. Fue un derrumbe. Juan Gatti, el hoy costurero del Barrio del Arca, recibió su telegrama de despido de un día para otro, en julio de 1992. Hacía sólo dos años que trabajaba en esa fábrica, de modo que la indemnización no fue muy grande, y se esfumó en pocos meses en los gastos diarios. También sufren un derrumbe, una caída abrupta, los que pierden repentinamente el ingreso suplementario o su capital en un "mal negocio" o por otras razones.

Es en estos hogares donde se observan mayores dificultades de adaptación a la nueva situación. Prima en ellos una sensación de desestructuración en distintos niveles, que se expresa, por ejemplo, en la dificultad de fijar y aceptar criterios rectores de la economía familiar acordes a la nueva situación. Otro rasgo notorio en estas familias es la imposibilidad de comprender lo que les ha sucedido. Lo abrupto del cambio lleva a que la caída tienda a ser vista como una desgracia, un accidente o como el resultado exclusivo de negligencias personales, esto es: fenómenos desvinculados de cualquier otro hecho social o político general. Se autoflagelan con argumentos del estilo de "debí haberme informado más antes de hacerlo" o "si me despidieron a mí y a otros no, es por que no cuidé bien mi trabajo", y esto excluye casi siempre toda contextualización personal en la historia general del país. Es difícil hallar en sus relatos algún "nosotros" que los lleve a reinscribir la propia caída dentro de la suerte común corrida por otros. Se impone como causa única el recuerdo marcado a fuego del error, de la mala jugada, y no pueden reconocer que una franja importante de la sociedad vivió y vive una situación más o menos similar. Se les hace difícil enmarcar su experiencia en una categoría colectiva (los trabajadores, la clase media u otras), y el jefe de familia se reprocha por haber "lanzado a toda su familia al vacío". A lo largo de muchas de estas entrevistas, una y otra vez se vuelve al momento de la caída. Pues hay algo que no cierra en esa historia: no se acepta descargar parte de

la responsabilidad en factores exógenos; pero tampoco se llega a comprender cómo un solo error pudo haber desmoronado todo. Se percibe una extrema inequidad entre error y sanción, entre lo que se apostó y lo que se perdió; pareciera que el vacío de sentido entre "crimen" y "castigo" no puede ser resuelto por la exclusiva autorreferencia.

2) La caída escalonada

2.a) Con conciencia de la situación

"Nosotros, como gran parte de los argentinos, nos fuimos cayendo de a poco." Esta afirmación de la doctora Lewin es una buena imagen de la caída escalonada, que fue la que sufrió la gran mayoría de las familias investigadas. La caída escalonada —mejor dicho, vivir la caída como escalonada— puede deberse a distintas causas de empobrecimiento, ya que el escalonamiento no se vincula tanto con cambios en la situación personal, sino con vaivenes de la situación socioeconómica nacional que constituyeron fuertes golpes vividos colectivamente. Los hitos de caída más recordados son el fracaso del Plan Austral en 1986 y las hiperinflaciones de 1989 y 1990, cuyo corolario, además de la depreciación salarial, fue un aumento inusitado de la gravitación en el presupuesto de los impuestos y servicios públicos.

Entre los empleados públicos se ha dado un descenso con escalonamiento propio: medidas tomadas por ciertas dependencias, como en el caso de Arnoldo Forti (derogación de dobles contratos en la Municipalidad, anulación de las horas extra en ciertas intendencias del conurbano bonaerense, etc.), han agregado a las caídas colectivas una historia propia a cada ente público. En el tan escuchado "fuimos resignando un día una cosa y después otra" se sintetiza el proceso familiar vivido: no se produce, como en el caso anterior, un shock descendente, sino que un primer golpe empuja hacia un escalón más bajo, se produce un proceso de

cambio y adaptación durante el período de estabilidad en ese nivel, nuevo embate, caída y nuevo proceso de adaptación, y así sucesivamente. Pero cada caída no encuentra al individuo y a su familia de la misma manera: muchos ya han creado mecanismos de adaptación, y por ende los golpes subsiguientes los encuentran más fortalecidos. En el otro extremo, encontramos ciertos casos en que al no haber podido reponerse a un primer embate, cada nuevo golpe tiene un efecto más desestructurante aún.

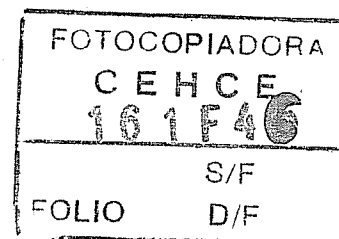
La mayoría de los que sufrieron un empobrecimiento escalonado inscriben el derrotero personal en el marco de la historia argentina de las últimas décadas. Sienten que su empobrecimiento es el camino recorrido colectivamente por aquella categoría en la cual se incluyen. Sea como "estatal", como "clase media" o genéricamente bajo la categoría de "trabajador", incluyen su historia personal dentro de la historia social argentina de las últimas décadas. Tienen una visión de una sociedad en la cual, desde un punto de partida similar, con iguales condiciones y esfuerzos, por razones que se les escapan, algunos ganaron y otros perdieron. Esto coloca al perdedor en un lugar social particular, en una posición que podríamos caracterizar como de "acreedor" con respecto a la sociedad en su conjunto. Son acreedores porque su pérdida no es en este caso resultado de errores individuales, sino que, del "contrato originario" que signaron con la comunidad, ellos han cumplido su parte —estudiaron, trabajaron, educaron a sus hijos, pagaron sus deudas— y es la sociedad quien no ha respetado la suya. Como decía Rodríguez, el ex capataz del astillero en decadencia:

Yo no me equivoqué, yo hice lo que debía... Es como si usted fuera con su coche por su carril a su casa donde lo esperan su mujer y los chicos y viene un loco de contramano, lo choca y lo deja tirado, medio muerto en la mitad de la calle...

Esta apreciación condiciona las demandas: al tener presente lo que hay de político y social en su empobrecimiento, este grupo es más propenso que el anterior a considerar que es obligación de esa misma sociedad —encarnada en el Estado, los empresarios, los políticos u otros— ocuparse de sus necesidades ahora insatisfechas.

2.b) *El deslizamiento imperceptible hacia la pobreza*

Cuando Zunilda, del Barrio del Arca, hablaba sobre su situación, transmitía la sensación de que no había pasado nada en particular, de que todo siempre había estado más o menos igual. En su relato, sin embargo, dejaba vislumbrar que algunas cosas que había tenido ya no estaban, pero ella no tenía registro de la pérdida ni, por ende, de la caída. Esto ocurre con muchos nuevos pobres cuya caída fue escalonada. Todo sucede como si el descenso fuera algo inherente al transcurso del tiempo: el futuro será siempre peor que el presente; y el pasado, mejor que el hoy. Esto es vivido como un hecho casi natural, que no suscita ninguna reflexión. El tipo de adaptación a la pobreza también es diferente, pues, acorde a la continua pérdida de poder adquisitivo, se produce una suerte de ajuste casi inconsciente que naturaliza la pauperización, lo cual parece quitar toda memoria sobre las conductas adaptativas que necesariamente tuvieron que haber existido. Al quedar en el olvido las conductas adaptativas, los cambios no son vistos como tales. No se trata de fatalismo, de resignación a un destino inscripto e inmodificable, sino más bien de la ausencia de constatación subjetiva sobre un proceso que objetivamente tuvo lugar.



ANEXO A AL CAPITULO I

LA MEDICION DE LA POBREZA

Hasta el siglo XIX eran considerados pobres y menesterosos exclusivamente los incapacitados para trabajar: enfermos e impedidos mujeres solas con numerosa prole, ancianos solos, etc. Con el advenimiento de la era industrial y la urbanización se amplía el concepto de pobreza a aquellos que viven en condiciones "miserables", independientemente de su capacidad para trabajar, y aparece la necesidad de medir la pobreza. A fines del siglo XIX un naviero inglés, Charles Booth, describió la situación social en Londres haciendo un símil con la línea de flotación de los barcos y estableciendo una distinción entre los que estaban por encima y los que estaban por debajo de la "línea de pobreza".

Durante mucho tiempo la pobreza no fue un tema de estudio en nuestro país. No lo fue, en buena medida, porque no constituía un problema social o, más bien, porque la facilidad de incorporarse al mercado de trabajo y de obtener beneficios sociales y la expansión de la cobertura de estos servicios hacían pensar que se trataba de situaciones transitorias. En la década del 60 se hablaba de "bolsones de pobreza", lo que denotaba la idea de que la pobreza se circunscribía a algunas áreas urbanas: las villas. Una estimación de CEPAL para 1970, utilizando el método de línea de pobreza (LP), ubica en 3 por ciento el total de hogares urbanos pobres. El método de LP consiste en establecer si determinado hogar o individuo está por encima o por debajo de una "canasta" básica de bienes y servicios, elegidos respetando las pautas culturales de consumo de una sociedad en un momento histórico determinado. Es decir, se define una cantidad mínima o básica de alimentos y de otros bienes y servicios

tales como vestimenta, atención de salud, transporte, etc., a los que se asigna un valor monetario, cuya suma da como resultado la línea de pobreza.

Por ejemplo, en la Argentina el valor de la "línea de pobreza" estimada por el gobierno en 1993 era de alrededor de 420 dólares para una familia de cuatro miembros (dos adultos y dos niños). Según el método de LP, serían "pobres" aquellos hogares o personas con ingresos inferiores a ese valor, en la medida en que no pueden cubrir el costo de esa canasta de bienes y servicios con sus ingresos. Se denominan "indigentes" aquellos cuyos ingresos no alcanzan a cubrir ni siquiera la porción de alimentos.

Existen diversas variantes metodológicas para la definición de la LP, pero en términos generales se puede concebir como un monto monetario mínimo o básico que una persona o familia requiere para vivir "dignamente". La crisis de las décadas del 70 y del 80 hizo pensar que la pobreza seguramente había pasado a constituir un problema para el país. Con el advenimiento de la democracia, en 1984 se elaboró el primer mapa de pobreza utilizando el censo de población y el método de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), el cual consiste en establecer si existen manifestaciones materiales que evidencian falta de acceso a ciertos tipos de servicios: vivienda, agua potable, electricidad, educación y salud, entre otros.

Es necesario definir niveles mínimos que indiquen una valoración subjetiva de los distintos grados de satisfacción de necesidades consideradas básicas, en determinado momento del desarrollo de una sociedad. En consecuencia, serían "pobres" aquellos hogares que no alcanzan a satisfacer algunas de las necesidades definidas como básicas. El estudio puso en evidencia que la pobreza abarcaba a nada menos que el 23 por ciento de los hogares. Asimismo, mostró las fuertes diferencias sociales y regionales que caracterizaban al país (INDEC, 1984). Muchos autores consideran que ambos métodos miden lo mismo. Sin embargo, diversos estudios (Beccaria y Minujin, 1985; Desai, 1989; Katzman, 1989; Minujin, 1991) señalaron, sobre la base de datos provenientes de encuestas a hogares, importantes diferencias en la magnitud de la pobreza según el método de medición que se utilice.

Además, los resultados indicaron que cada uno de estos métodos reflejará un fenómeno diferente. "(...) con el criterio de NBI se estaría detectando a los pobres estructurales —que poseen, por ejemplo, una vivienda deficitaria, o bajo nivel educativo—, mientras que con el criterio de LP, al caracterizar a los hogares como

pobres de acuerdo con el ingreso total percibido, se detectaría a los hogares pauperizados, de particular importancia en el caso argentino” (Cortés y Minujin, 1988, pág. 21). Esto se debe a las particularidades de los indicadores definidos en cada caso y a efectos relacionados con los métodos de medición. En el caso de la pobreza medida por NBI, tal como la definen los estudios realizados por el INDEC, está estrechamente ligada a carencias relativas a la vivienda. De esta manera, el concepto de NBI aplicado sólo abarca una parcialidad de las carencias, y precisamente aquellas que son menos sensibles a procesos de corto o mediano plazo. Por esto, no es de extrañar que ambos métodos, tal como están aplicados, midan aspectos diferentes del fenómeno de la pobreza. La utilización simultánea de ambos criterios en el análisis de encuestas a hogares permite observar la evolución y composición de la pobreza a partir de la distinción de los siguientes grupos de hogares:

CRITERIO		INGRESO MENOR A LA L.P.	INGRESO SUPERIOR A LA L.P.
N. B. I.	CON	NBI y LP *	NBI - no LP *
	ESTRUCTURALES		
	SIN	no NBI - LP * NUEVOS POBRES	no NBI y no LP NO POBRES

* Corresponde a hogares pobres.

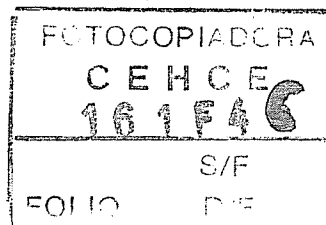
El conjunto de los hogares pobres según el criterio de NBI delimita la situación de “pobreza estructural o histórica”, mientras que el de los que se ubican bajo la LP, pero que no sufren ninguna de las carencias tomadas en consideración por el indicador de NBI, corresponden al grupo pauperizado que incluye a los “nuevos pobres”. Ambos métodos presentan una serie de limitaciones, algunas intrínsecas al método y otras propias de las metodologías cuantitativas.

Con respecto al método de NBI, la definición de las carencias, sus umbrales mínimos, la importancia relativa de cada una de ellas y la operacionalización de las variables constituyen algunos de los principales problemas. De hecho, se finaliza acotando mucho el número de variables y simplificándolas. En cuanto al método de LP, se presentan diversas alternativas tanto para la definición de la línea

y su aplicación a los hogares, como para la estimación del ingreso. Estudios posteriores llevaron a la utilización simultánea de los métodos de NBI y de LP para distinguir entre los sectores que conforman el universo de la pobreza. A fines de la década del 80 se realizó un estudio cuantitativo y cualitativo que incluyó una encuesta de dimensiones significativas, orientado a caracterizar el problema de la pobreza urbana en la Argentina (INDEC, 1990). El Censo Nacional de Población y Vivienda de 1991 ha permitido elaborar un nuevo mapa de pobreza y la estimación del nivel de pobreza a partir de la Encuesta Permanente de Hogares ha pasado a constituir un indicador habitual. Si bien esta temática requeriría de mayor atención, una serie de estudios sobre distribución del ingreso y sobre pobreza permiten afirmar la significación de este problema en el país y el profundo empobrecimiento que han sufrido los sectores de menores ingresos y los sectores medios.

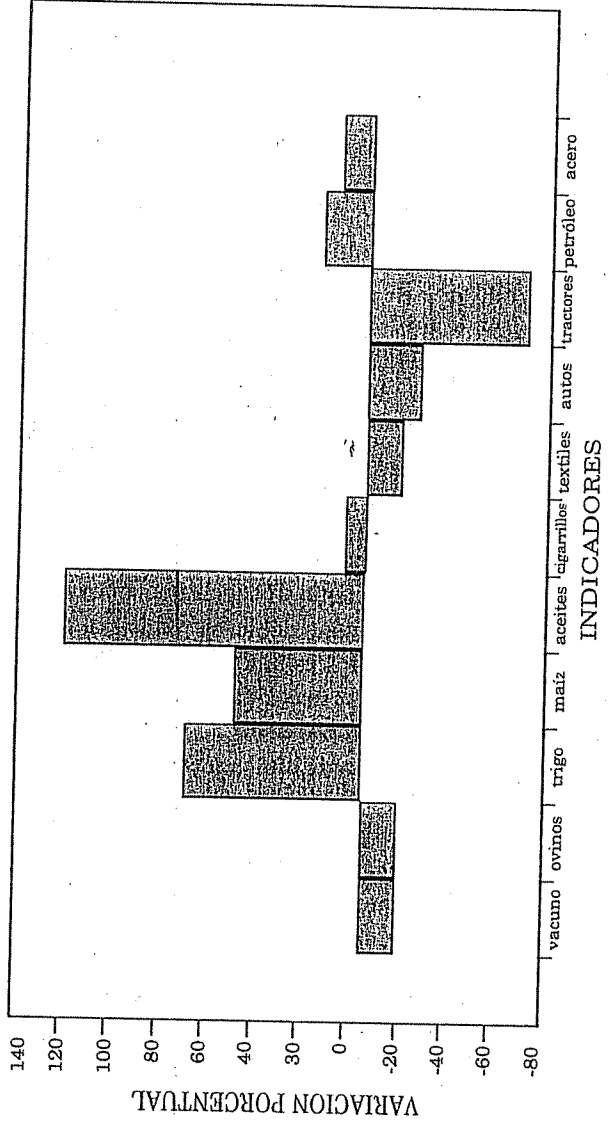
El ingreso medio del conjunto de la población cayó en las últimas dos décadas alrededor de un 40 por ciento, lo que significa que para la gran mayoría de las familias el monto real de dinero con el que cuenta por mes se ha reducido brutalmente. Como todo promedio, este porcentaje implica que algunos vieron reducir sus ingresos en más de un 50 por ciento; otros, en un 30 por ciento, mientras que algunos pocos los incrementaron.

Un estudio reciente sobre distribución del ingreso realizado por Luis Beccaria (1992) muestra que para 1988 el ingreso medio del 40 por ciento de la población más pobre del Gran Buenos Aires había caído en más de un 50 por ciento. Es decir que aproximadamente 1.800.000 familias del conurbano debieron reducir drásticamente su nivel de vida. Por su parte, los estudios sobre pobreza muestran que 1.245.468 hogares tienen sus necesidades básicas insatisfechas; más de 2.500.000 familias están por debajo de la LP y alrededor de 1.500.000 están en una situación de alta vulnerabilidad, esto es, que sus ingresos están entre el valor de la LP y ese valor más un cuarto. Una parte sustancial de estas familias corresponde a los nuevos pobres. En resumen: la gran mayoría de las familias argentinas se empobreció en los últimos veinte años y un porcentaje importante de ellas tiene dificultades para cubrir sus necesidades más básicas.



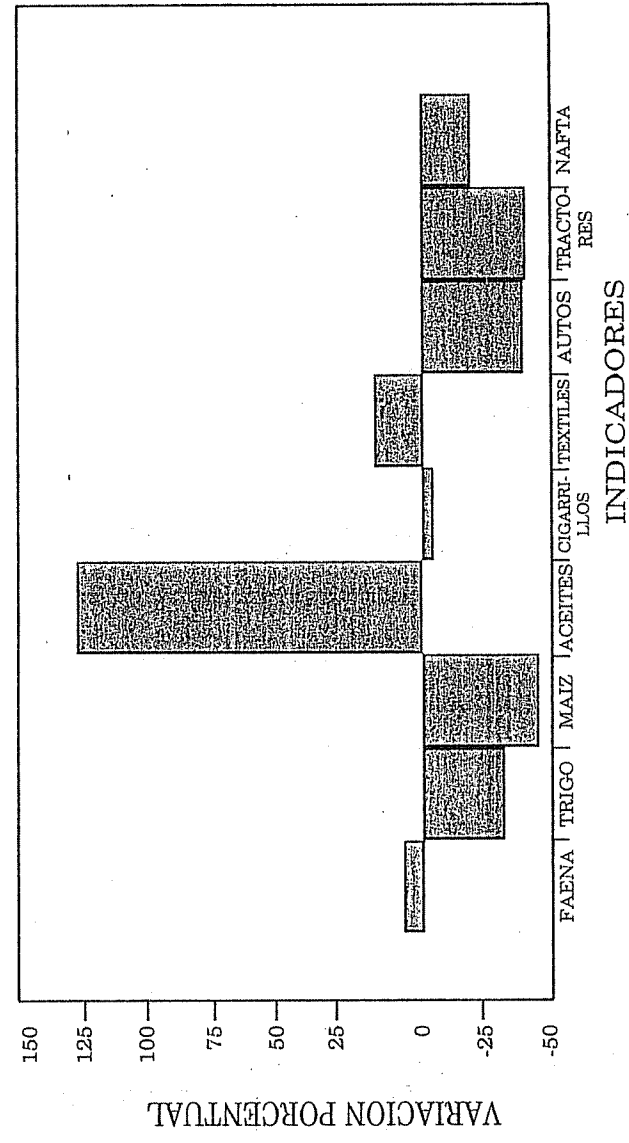
ANEXO B AL CAPITULO I

Gráfico N° 1 a
PRODUCCION DE ALGUNAS RAMAS
Variación 1976-1983



FUENTE: "Estadística de Argentina 1913-1990", Cuadernos de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) N° 4.

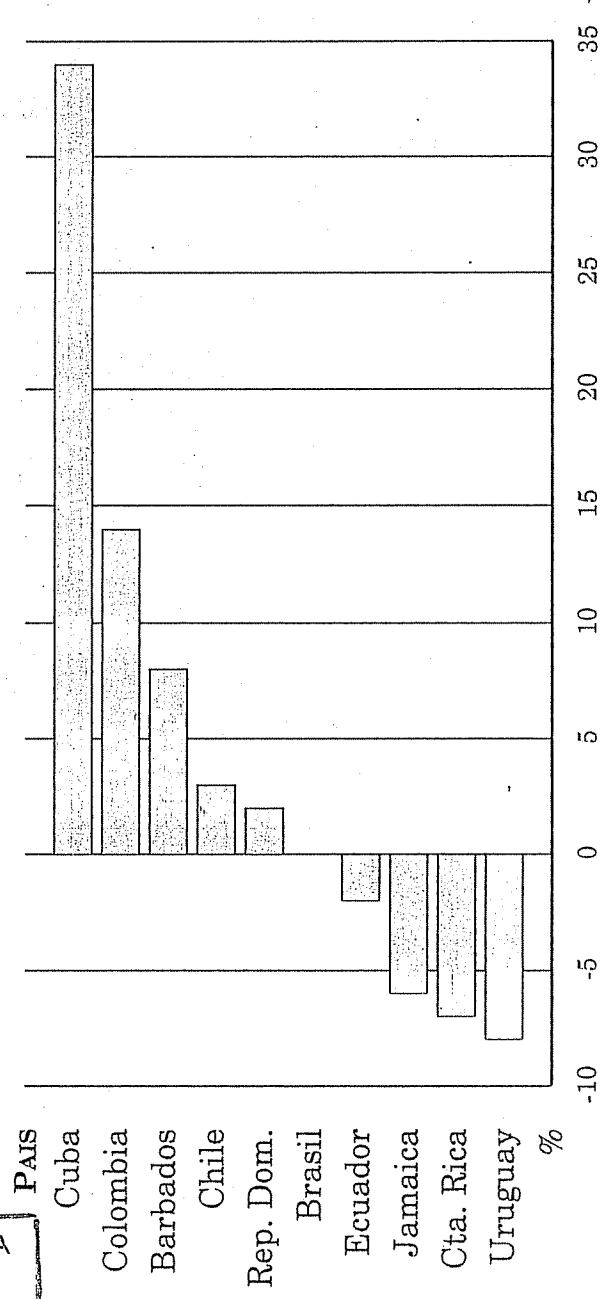
Gráfico N° 1 b
PRODUCCION DE ALGUNAS RAMAS
Variación 1983-1990



FUENTE: "Estadística de Argentina 1913-1990", Cuadernos de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) N° 4.

FOTOCOPIADORA
 CENCF
 101 F 6
 FOLIO D/F

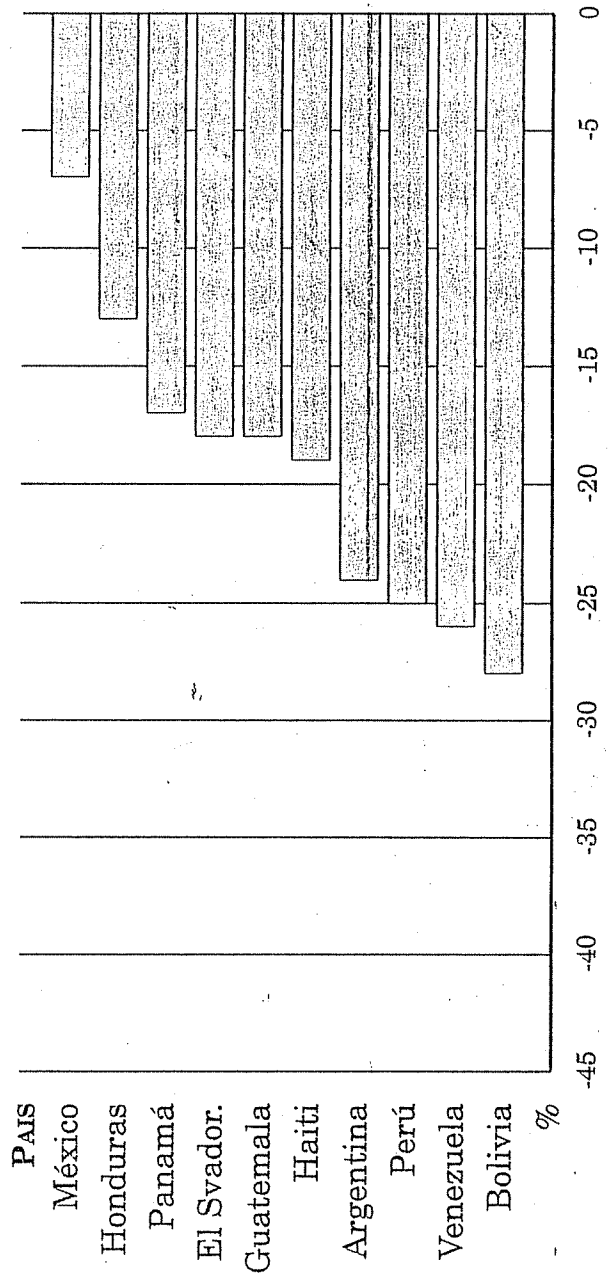
Gráfico N° 2a
 AMERICA LATINA Y EL CARIBE. PBI POR HABITANTE
 (Variación porcentual acumulada 1981-1989)



FUENTE: CEPAL, 1990.
 Publicado en *Situación de la infancia en la Argentina a inicios de los 90*, UNICEF, 1991.

14

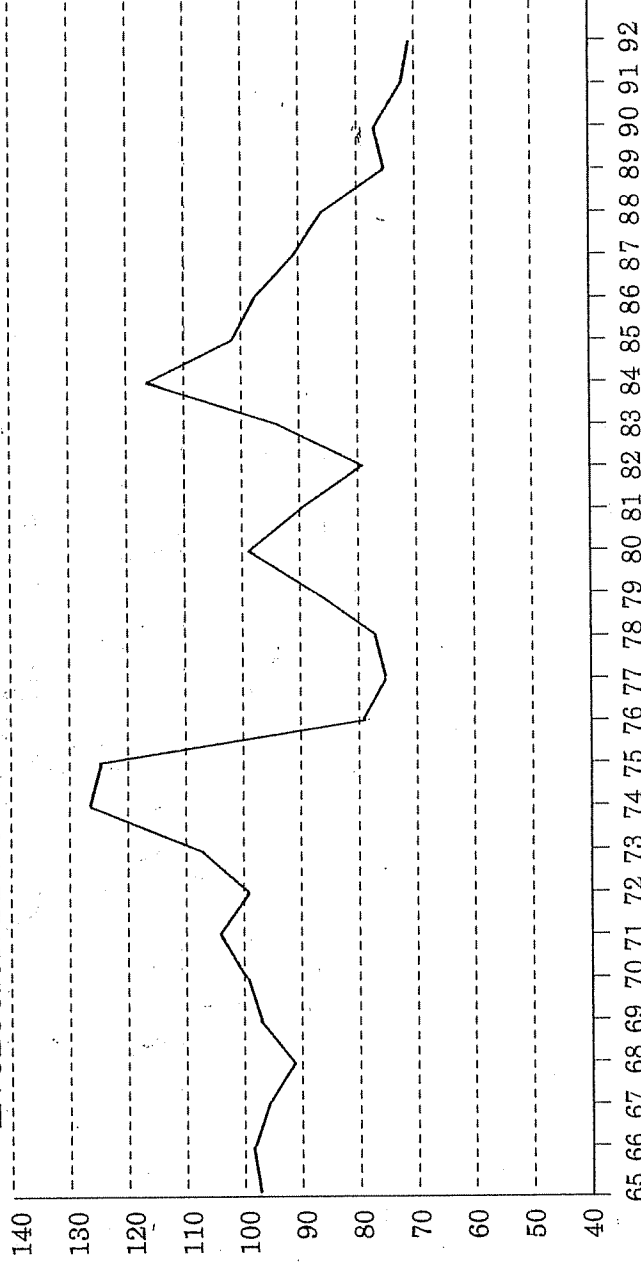
Gráfico N° 2b
 AMERICA LATINA Y EL CARIBE. PBI POR HABITANTE
 (Variación porcentual acumulada 1981-1989)



FUENTE: CEPAL, 1990
 Publicado en *Situación de la infancia en la Argentina a inicios de los 90*, UNICEF, 1991

Gráfico N° 3

EVOLUCION DE LOS SALARIOS MEDIOS DE LA ECONOMIA (1970=100)



FUENTE: "Reconversión Productiva y Empleo en Argentina", L. Beccaria-N. López, *Revista del ASET* N° 7, 1994.

Cuadro N° 1

DISTRIBUCION DEL INGRESO PER CAPITA DE LOS HOGARES

En porcentajes. Gran Buenos Aires

Decil	1974		1988		1993		1974/1988		Variaciones	
	%		%		%		%		%	
1	2,7	1,6	1,7	-40,74	6,25	-37,04				
2	4,3	3,0	3,1	-30,23	3,33	-27,91				
3	5,3	4,1	4,0	-22,64	-2,44	-24,53				
4	6,4	5,3	5,0	-17,19	-5,66	-21,88				
5	7,6	6,4	6,2	-15,79	-3,13	-18,42				
6	8,6	7,7	7,6	-10,47	-1,30	-11,63				
7	10,2	9,5	9,4	-6,86	-1,05	-7,84				
8	12,3	12,0	12,0	-2,44	0,00	-2,44				
9	15,6	16,7	16,3	7,05	-2,40	4,49				
10	27,0	32,8	34,6	25,19	2,37	28,15				
	100,0	100,0	100,0							

FUENTE: La información correspondiente a 1974 y 1988 fue extraída del artículo "Cambio en la estructura distributiva 1975-1990" de Luis A. Beccaria, publicado en *Cuesta Abajo*, A. Minujin (ed.), Buenos Aires UNICEF/Losada, 1992.

Los valores correspondientes a 1993 se elaboraron en base a información de la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC).

NOTA 1: Cada decil correspondiente al 10% de la población. Los deciles están ordenados por nivel de ingreso crecientemente. Así, por ejemplo, en 1974, el 10% de la población de menores ingresos se llevaba 2,7% del total del ingreso y el 10% superior el 27%.

NOTA 2: Se observa un aumento significativo en la concentración del ingreso en los dos últimos deciles.

Gráfico N° 4 a

DISTRIBUCION DEL INGRESO POR SECTOR
En porcentajes. Gran Buenos Aires. 1974

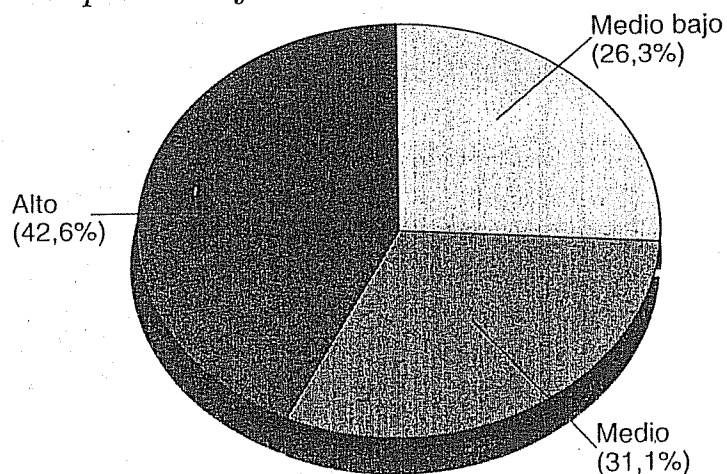


Gráfico N° 4 b

DISTRIBUCION DEL INGRESO POR SECTOR
En porcentajes. Gran Buenos Aires. 1988

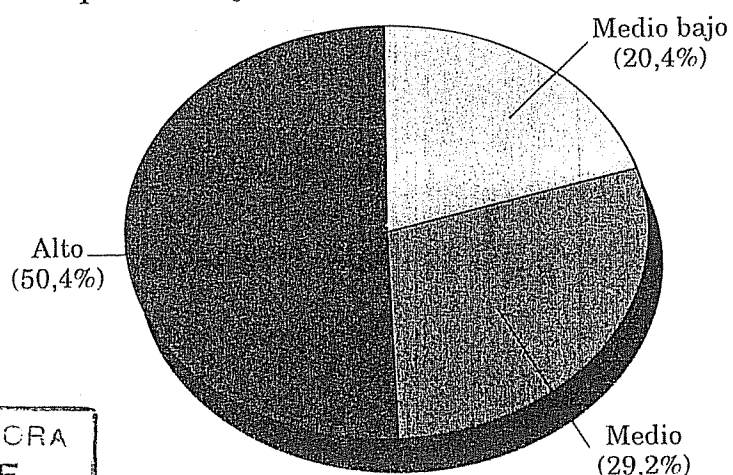
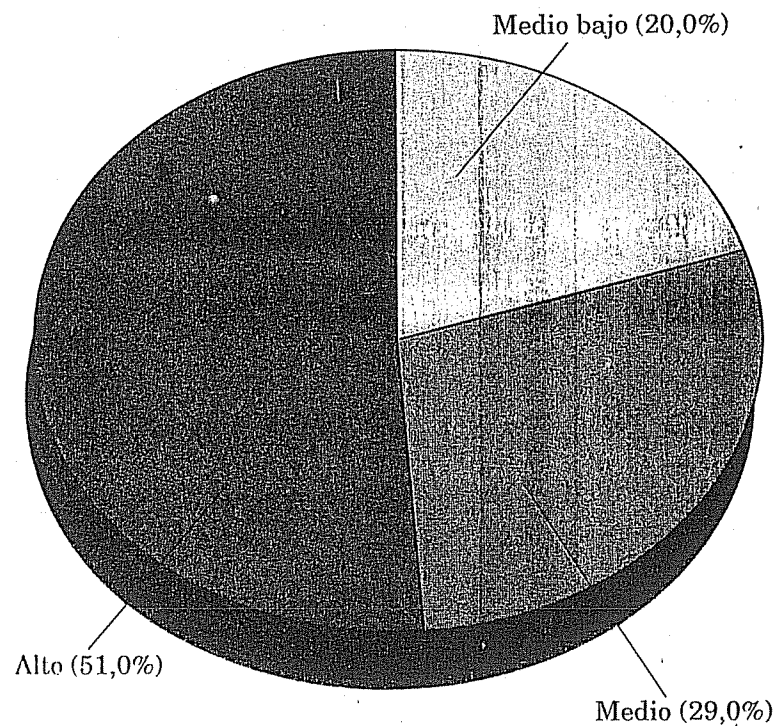


Gráfico N° 4 c

DISTRIBUCION DEL INGRESO POR SECTOR
En porcentajes. Gran Buenos Aires. 1993



NOTA: El sector medio bajo comprende los deciles 1 a 5, el medio los deciles 6 a 8 y el alto los deciles 9 y 10.

FOTOCOPIADORA
CEHCE
161E46
S/F
FOLIO D/F

Cuadro N° 2
TENDENCIA DE LOS SALARIOS REALES
POR FRANJAS

Base 1980=100

	Franja 1	Franja 2	Franja 3	Franja 4	Franja 5	Total
--	----------	----------	----------	----------	----------	-------

(20% más pobre)

1980	100	100	100	100	100	100
1986	89	94	89	95	86	91
1989	25	37	40	48	60	49
1991	41	53	58	62	68	61
1993	58	62	66	75	73	70

FUENTE: Informe del Banco Mundial, octubre 1994, publicado en *Página/ 12*.

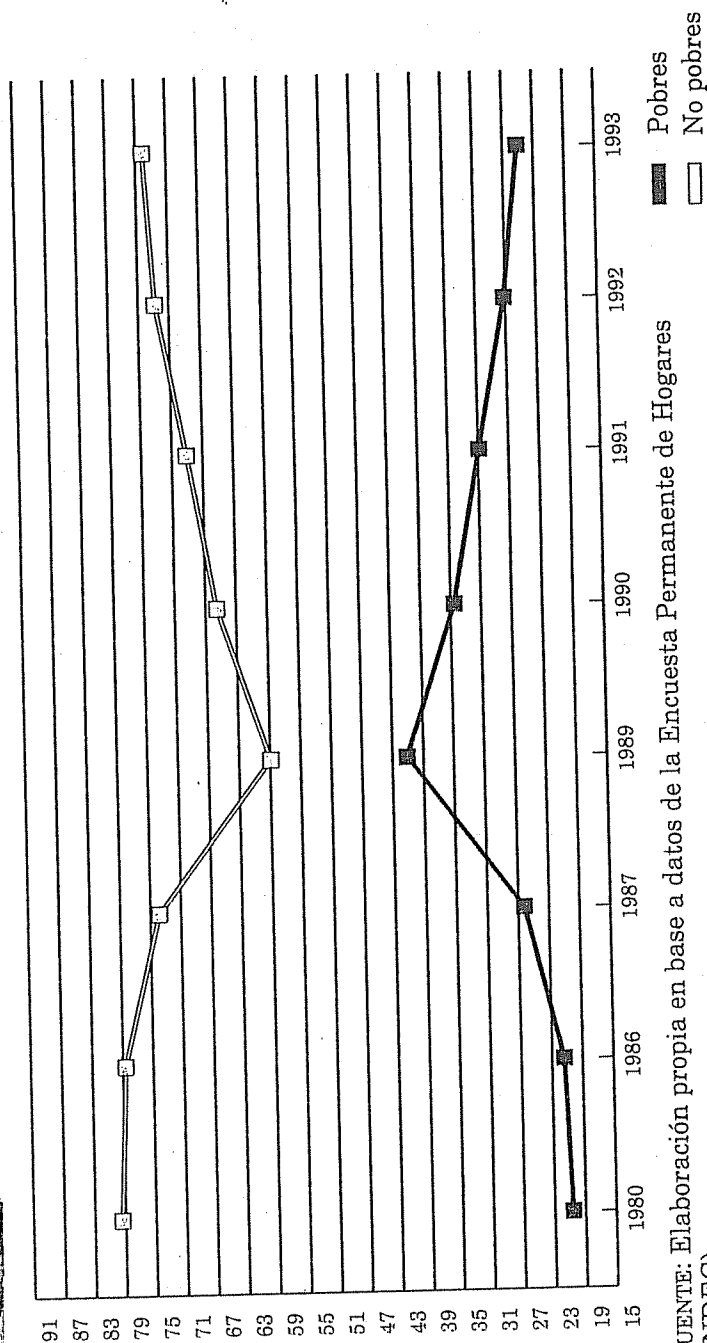
NOTA: Se dividió a los trabajadores en cinco franjas de ingresos: desde la 1 que agrupa al 20% de ingresos inferiores, hasta la 5 que nuclea al 20% de mejores ingresos.

Cuadro N° 3
EVOLUCION DEL SALARIO REAL POR NIVEL
DE CALIFICACION Y SEXO

	En pesos de 1993			Caída	
	1980	1986	1993	80-93 en %	Caída 86-93 en %
Trabajadores no calificados					
Hombres	675	634	354	48	44
Mujeres	518	454	301	42	34
Trabajadores calificados					
Hombres	957	880	651	38	26
Mujeres	808	690	482	41	30
Profesionales					
Hombres	2401	2111	1640	32	22
Mujeres	1268	971	983	22	Aumento

FUENTE: Informe del Banco Mundial, octubre 1994, publicado en *Página/ 12*.

Gráfico N° 5
EVOLUCION DE LA POBREZA EN EL GRAN BUENOS AIRES



FUENTE: Elaboración propia en base a datos de la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC).
Nota: Total de pobres es la suma de estructurales más nuevos pobres.

Cuadro N° 4
EVOLUCION DE LOS INGRESOS MEDIOS
DE DIFERENTES GRUPOS OCUPACIONALES
Gran Buenos Aires, 1980-1990

Grupos ocupacionales	Ingresos promedio Base: Prom. 1980=100		Variación Relativa del Ingreso (%) [*] 80-90
	1980	1990	
Cuenta propia profesional	224,1	108,6	-51,7%
Patrones	203,3	158,6	-21,8%
Asalariado Administración Pública	129,2	76,8	-40,5%
Asalariados de Servicios en establecimientos de 6 y más trabajadores, calificados	123,2	72,8	-40,9%
Asalariados de la Industria en establecimientos de 15 y más trabajadores calificados	116,6	71,9	38,8%
Trabajadores cuenta propia calificados	108,0	58,8	-45,5%
Trabajadores cuentapropia no calificados	92,4	50,4	-45,4%
Asalariados de la Construcción	86,3	43,8	-49,3%
Asalariados de Servicios en establecimientos de hasta 5 trabajadores	85,5	49,8	-41,8%
Asalariados de la Industria en establecimientos de hasta 15 trabajadores, no precarios	84,1	46,4	-44,8%
Asalariados de Comercio en establecimientos de 6 y más trabajadores	82,0	55,2	-32,6%
Asalariados de la Industria en establecimientos de 15 y más trabajadores, no calificados	71,2	41,0	-43,0%
Asalariados de Servicios en establecimientos de 6 y más trabajadores, no calificados	70,9	45,0	-36,5%
Asalariados de Comercio en establecimientos de hasta 6 trabajadores	58,7	41,8	-28,8%
Asalariados de la Industria en establecimientos de hasta 15 trabajadores, precarios	56,5	36,3	-35,8%
Servicio Doméstico	36,5	29,9	-18,0%
Total	100	61,2	-38,8%

* (Ingreso 1990 - Ingreso 1980) / Ingreso 1980.

Elaboración propia a partir de EPH 1980, 1990.

FUENTE: Cuesta Abajo, A. Minujin (ed.), Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1992.

Cuadro N° 5
EVOLUCION DE LA POBREZA EN EL GRAN BUENOS AIRES,
1980/1993

	1980	1986	1987	1989	1990	1991	1992	1993
Pobres	20,6	21,4	26,2	41,1	34,5	30,9	27,2	25,1
Estructurales	16,4	15,1	13,9	17,8	16,1	15,7	15,0	15,1
Nuevos Pobres	4,2	6,3	12,3	23,3	18,4	15,2	12,2	10,0
No Pobres	79,4	78,6	73,8	58,9	65,5	69,1	72,8	74,1
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

FUENTE: Elaboración propia, en base a datos de la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC) correspondiente al mes de octubre de cada año.

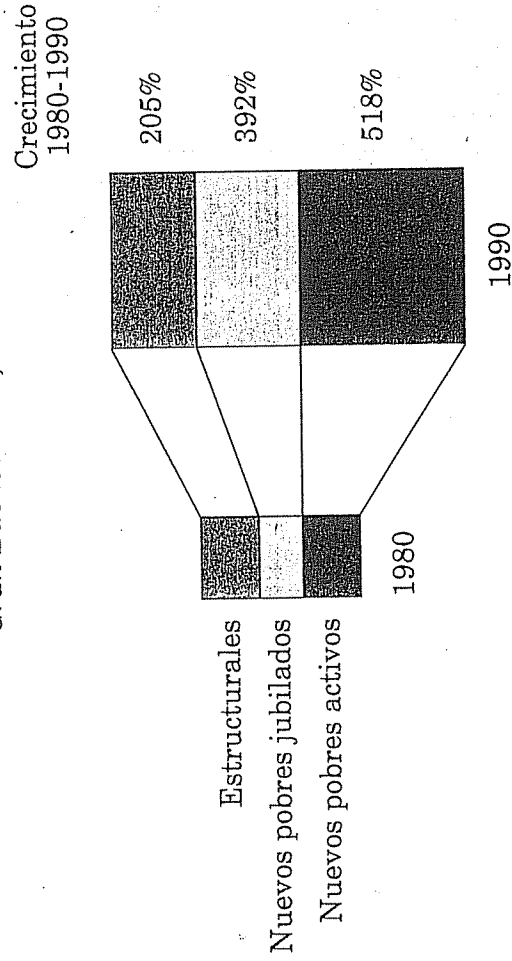
NOTA: En base a la información contenida en este cuadro se elaboró el gráfico N° 5.

Cuadro N° 6
EVOLUCION DEL GRUPO DE "EMPOBRECIDOS".
Gran Buenos Aires, 1980 - 1990

	1980		1990		Crecimiento	
	N	%	N	%	Abs.(%)	Rel.(%)
Nuevos Pobres	56.530	62,8	319.370	75,7	465,0	20,6
Jubilados	23.780	26,4	116.980	27,7	391,9	5,0
Activos	32.750	36,4	202.390	48,0	518,0	31,9
Estructurales	33.480	37,2	102.390	24,3	205,8	-34,7
Total	90.000	100	421.760	100	368,6	0,0

FUENTE: *Cuesta Abajo*, A. Minujin (ed.), Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1992.

Gráfico N° 6
COMPOSICION Y CRECIMIENTO DEL GRUPO "EMPOBRECIDOS"
Gran Buenos Aires, 1980-1990



FUENTE: *Cuesta Abajo*, A. Minujin (ed.), Buenos Aires, UNICEF, Losada, 1992.

Cuadro N° 7
PORCENTAJE DE HOGARES Y POBLACION DEBAJO DE LA LINEA DE POBREZA
TOTAL AGLOMERADO DEL GRAN BUENOS AIRES, PARTIDOS
DEL GRAN BUENOS AIRES
Y PARTIDOS DEL GRAN BUENOS AIRES 2

Período	Total aglomerado Gran Bs. As.		Partidos del Gran Bs. As.		Partidos del Gran Bs. As. 2 *	
	Hogares Población	Hogares Población	Hogares Población	Hogares Población	Hogares Población	Hogares Población
Mayo 1988	22,6	29,9	29,5	37,1	38,1	46,4
Octubre 1988	24,2	32,4	31,0	39,4	39,8	48,6
Mayo 1989	19,7	25,9	24,9	31,6	32,5	39,3
Octubre 1989	38,3	47,4	48,0	56,5	56,2	64,3
Mayo 1990	33,7	42,6	42,8	51,0	48,1	56,7
Octubre 1990	25,3	33,8	33,7	41,8	40,0	48,3
Mayo 1991	21,8	28,8	28,2	35,2	33,1	40,7
Octubre 1991	16,3	21,6	21,2	26,5	25,3	30,8
Mayo 1992	15,1	19,3	19,4	23,5	22,8	26,9
Octubre 1992	13,7	17,8	18,0	22,2	20,4	25,4

* Gran Bs. As. 2 corresponde a los partidos de A. Brown, Berazategui, E. Echeverría, Gral. Sarmiento, F. Varela, La Matanza, Merlo, Moreno, San Fernando y Tigre.

FUENTE: "Evolución reciente de la pobreza en el aglomerado del Gran Bs. As. 1988-1992", Documento de trabajo N° 2. Comité ejecutivo para el estudio de la pobreza, CEPA.

Cuadro N° 8
HOGARES CON NECESIDADES BASICAS
INSATISFECHAS¹ EN 1991 SEGUN DIVISION
POLITICO TERRITORIAL

División Político Territorial	Total de hogares y hogares con necesidades básicas insatisfechas		
	total ²	hogares con NBI	% ³
Total del país	8.562.744	1.245.468	14,5
Capital Federal	993.066	56.034	5,6
Buenos Aires	3.408.996	440.736	12,9
19 Partidos	2.087.902	316.898	15,2
Resto de Buenos Aires	1.321.094	123.838	9,4
Catamarca	57.182	13.258	23,2
Córdoba	737.119	77.414	10,5
Corrientes	179.045	43.417	24,2
Chaco	189.562	58.219	30,7
Chubut	91.981	16.606	18,1
Entre Ríos	259.693	35.977	13,9
Formosa	88.687	28.225	31,8
Jujuy	106.800	33.978	31,8
La Pampa	74.138	6.989	9,4
La Rioja	47.788	10.757	22,5
Mendoza	338.392	45.728	13,5
Misiones	181.552	50.968	28,1
Neuquén	93.241	17.227	18,5
Río Negro	130.086	24.325	18,7
Salta	178.069	57.987	32,6
San Juan	115.029	17.901	15,6
San Luis	69.852	12.144	17,4
Santa Cruz	40.645	5.827	14,3
Santa Fe	777.174	89.522	11,5
Santiago del Estero	143.630	44.076	30,7
Tierra del Fuego	18.674	4.717	25,3
Tucumán	242.343	53.436	22,0

NOTAS Y ACLARACIONES DEL CUADRO N° 8

- ¹ Definidas de acuerdo con la metodología utilizada por INDEC en "La Pobreza en la Argentina" (Serie Estudios INDEC N° 1, Buenos Aires, 1984). De acuerdo con la información del Censo 1991 disponible hasta el momento se utilizan sólo cuatro de los cinco indicadores seleccionados en dicho estudio (Hacinamiento, Vivienda, Condiciones Sanitarias y Asistencia escolar).
- ² Para 1991, hogares = total viviendas - viviendas casas de inquilinato y hotel o pensión + hogares en casas de inquilinato y en hotel o pensión.
- ³ Porcentaje de hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) sobre el total de hogares de cada jurisdicción.

NOTA: Se define a los indicadores de la siguiente manera:

Hacinamiento: hogares que tuvieran más de 3 personas por cuarto;

Vivienda: hogares que habitaran en una vivienda de tipo inconveniente (pieza de inquilinato, vivienda precaria, u otro tipo);

Condiciones Sanitarias: hogares que no tuvieran ningún tipo de retrete;

Asistencia Escolar: hogares que tuvieran algún niño en edad escolar que no asistía a la escuela.

FUENTE: "Hogares con necesidades básicas insatisfechas (NBI) 1980-1991", Documento de trabajo N° 3, Comité argentino para el estudio de la pobreza (CEPA), Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, INDEC.

Cuadro N° 9
INDICE DE DESARROLLO HUMANO

Provincias	Privación			Países con IDH Próximo	
	Educación	Esperanza de vida	Ingreso		
1 Capital Federal	0,023	0,161	0,017	0,933	Israel, Luxemburgo
2 La Pampa	0,092	0,278	0,043	0,863	Bulgaria
3 Tierra del Fuego	0,040	0,356	0,017	0,862	Bulgaria
4 Neuquén	0,130	0,286	0,032	0,851	Portugal Singapur
5 Santa Cruz	0,062	0,356	0,032	0,850	Portugal Singapur
6 Santa Fe	0,084	0,222	0,145	0,850	Portugal Singapur
7 Chubut	0,107	0,325	0,034	0,845	Costa Rica Venezuela
8 Mendoza	0,102	0,219	0,265	0,804	México
9 Río Negro	0,129	0,297	0,164	0,803	México
10 Córdoba	0,077	0,200	0,342	0,794	Malasia
11 Buenos Aires	0,061	0,236	0,363	0,780	Dominica
12 San Luis	0,106	0,281	0,358	0,752	Colombia
13 Tucumán	0,114	0,306	0,387	0,731	Cuba, Panamá
14 Entre Ríos	0,110	0,278	0,512	0,700	Jamaica
15 San Juan	0,100	0,294	0,579	0,676	Tailandia
16 Catamarca	0,111	0,314	0,557	0,673	Sudáfrica
17 Salta	0,146	0,383	0,468	0,667	Siria, Turquía
18 Jujuy	0,153	0,394	0,464	0,663	SriLanka, Libia
19 La Rioja	0,092	0,311	0,683	0,638	Ecuador
20 Corrientes	0,189	0,350	0,570	0,630	Paraguay
21 Misiones	0,159	0,356	0,673	0,604	Filipinas
22 Stgo. del Estero	0,166	0,344	0,697	0,598	Rep. Dominicana, Perú
23 Formosa	0,163	0,333	0,743	0,587	Irak, Jordania
24 Chaco	0,211	0,378	0,692	0,573	Mongolia, Túnez

NOTAS Y ACLARACIONES DEL CUADRO N° 9

NOTA: El índice de privación del ingreso per cápita de Tierra del Fuego es estimado.

FUENTE: Informe sobre desarrollo humano en Argentina. A. Barbeito y R. Lo Vuolo. CIEPP. 1993.

El Índice de Desarrollo Humano (IDH) fue elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en 1991. En base a esta metodología los autores desarrollan el Índice de Desarrollo Humano para la Argentina. Este es un indicador alternativo que refleja de manera más apropiada los niveles de desarrollo relativo alcanzados. El IDH procura medir los logros y las privaciones de los individuos (o grupos de individuos) desde la perspectiva que ofrece el concepto de desarrollo humano.

El IDH toma en cuenta tres oportunidades básicas: 1) la posibilidad de que el individuo pueda disfrutar de una vida prolongada y saludable; 2) la posibilidad de adquirir conocimientos; y 3) la posibilidad de disponer de los recursos materiales necesarios para llevar un nivel de vida aceptable.

La última columna del cuadro da cuenta de los respectivos valores del Índice de Desarrollo Humano. El grupo correspondiente a las primeras nueve jurisdicciones tiene valores superiores a 0,8 (entre 0,933 para la Capital Federal y 0,804 para Mendoza). De acuerdo a la clasificación ensayada por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo este grupo de provincias se ubicaría en el rango de países considerados de desarrollo humano alto. No obstante, mientras que Capital Federal se ubicaría en el lugar 19° del ranking mundial; la provincia que le sigue en el ordenamiento local, La Pampa (0,863), sólo alcanzaría el puesto 36°, mostrando la intensidad de las diferencias regionales aún en el grupo de mayor desarrollo. El grupo restante de provincias se ubica en su totalidad dentro de lo que sería el tramo de países de desarrollo humano medio (entre 0,8 y 0,5). Una característica de este grupo de provincias es la amplia dispersión de los valores del IDH. Mientras algunas, como Córdoba (0,794) y Buenos Aires (0,780), se encuentran casi en el límite superior, Santiago del Estero (0,598), Formosa (0,587) y Chaco (0,573) se ubican virtualmente en el límite divisorio correspondiente a los países de desarrollo humano bajo.

OTOCOPIADA
CEHCE
161E46
S/F
D/F